

**EL RELOJ
DE
LA PUERTA DEL SOL**

**POR
LUIS ALONSO LUENGO**



Comunidad de Madrid

EL RELOJ
DE
LA PUERTA DEL SOL

POR
LUIS ALONSO LUENGO



Comunidad de Madrid

EL
RELOJ
DE LA
PUERTA
DEL SOL

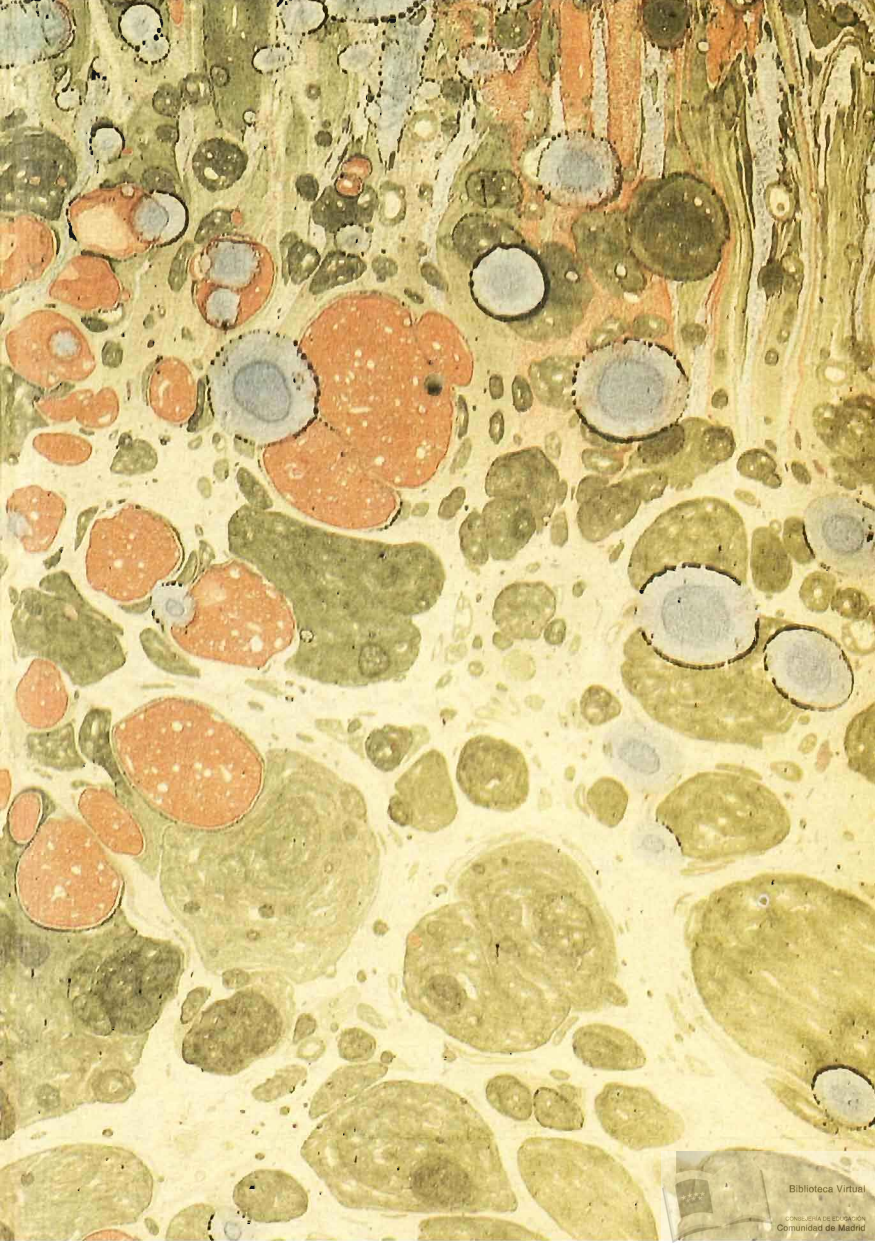
FORA

JUAN
ALONSO
LUENCA

1614









**EL RELOJ
DE
LA PUERTA DEL SOL**





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

- © Luis Alonso Luengo
- © Comunidad de Madrid
Consejería de Cultura
Secretaría General Técnica
- © Producción: HOLOFERNES
Impresión: Artes Gráficas Cofás
Encuadernación: Ramos
ISBN: 84-451-0245-1
Depósito legal: M. 41.331-1990



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

EL RELOJ DE LA PUERTA DEL SOL

VIDA Y GENIO
DE SU CONSTRUCTOR
LOSADA

por

LUIS ALONSO LUENGO

Comunidad de
Madrid



Consejería de Educación

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Servicio de Publicaciones

C/ Alcalá, n.º 30-32

28014 MADRID



Comunidad de Madrid
Consejería de Cultura
Secretaría General Técnica

Ref. 0303



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



EL RELOJERO LOSADA.





Presentación

El Relojero Losada pretende ser una reflexión sobre el tiempo. Decía Jünger que, en la época de los relojes de arena se tenía más tiempo que ahora, a pesar de que ahora estamos rodeados de relojes. Nadie mejor que un relojero para adentrarnos en el significado de un tema que atañe directamente al mundo moderno.

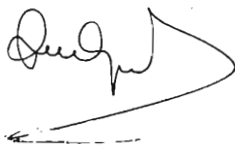
Podemos imaginarnos la Tierra como un reloj en el que leemos el tiempo del mundo. Nuestros relojes no son sólo máquinas para medir tiempo, son máquinas que crean, producen tiempo.

Si trazamos una semejanza entre el sol y el reloj, y lo trasladamos al proyecto concreto del Relojero Losada, podemos afirmar: el reloj, que es sol, se encuentra en el centro de una plaza llamada «Puerta del Sol». A su vez, esta plaza, es centro geográfico de España. Así mismo, España será también en 1992, el centro de atención del mundo, debido a los grandes acontecimientos que se avecinan. Por eso, el Relojero Lo-



sada, un personaje del siglo XIX, siglo de grandes descubrimientos, resume la esperanza del hombre en el progreso.

Sirva para este fin el esfuerzo de don Luis Alonso Luengo al realizar la amena y documentada biografía del constructor de un reloj, que desde 1866 da la hora a todos los españoles, el cuál más que su valor histórico-artístico o técnico posee una especial significación sentimental para todos los madrileños.



RAMÓN ESPINAR GALLEGO
Consejero de Cultura



Prólogo

El relojero Losada y el reloj de la Puerta del Sol: dos símbolos para España

Losada y el reloj por él construido y regalado para la Puerta del Sol madrileña, constituyen dos símbolos del vivir español del siglo XIX y del de todos los tiempos.

Un símbolo la persona de José Rodríguez Losada, arquetípica del siglo XIX español; liberal, conspirador —hasta el punto de ser «puesta a precio su cabeza» por el absolutismo fernandino— y que, huido a Londres, se centra —sin dimitir de sus ideales— en el ordenado vivir británico victoriano, que le crea una obsesión, la de que España encauce, en un orden lógico, las enormes energías latentes en su pueblo y que, bien conducidas, pudieran ser capaces de llegar a la consecución de las más insospechadas metas constructivas de progreso y libertad.



Y otro símbolo el RELOJ, como medida del tiempo, esa invención humana elevada casi a lo divino, para Losada con signo de mágicas supersticiones que sería la estampa, o el sueño, del instrumento dinámico y conductor, que diera cauce y orden a aquellas dispersas energías españolas.

Losada había sentido lo destructivo de estas energías, y la posibilidad de su enfoque constructivo, no sólo en sus días de conspirador español, sino en esos otros de «visitante británico» a España, cuando en 1859 presenció la enorme manifestación en la Puerta del Sol (recién restaurada) con motivo de la toma de Tetuán —en la epopeya de África— y el heroísmo de su amigo Prim en Castillejos. Fue entonces cuando aquellas borracheras de vino y alegría de la multitud; aquel abrazarse, entre vítores, de las gentes que poco antes se acometían a trabucazos y que pronto lo volverían a hacer, cuando Losada contemplando, sobre el tumulto desorbitado de la plaza, el viejo reloj destartelado que —sin exactitud para la posible hora que España necesitaba— se alzaba en el edificio del «Ministerio de Gobernación», concibió construir y regalar para aquella torre —punto neurálgico de España— un reloj novísimo que diera las horas sin variar un minuto del momento y que, *sentido y oído*, por todos los españoles ¡presentimiento profético! —así comprendieran que su existir debía



de acomodarse a su tiempo y la fabulosa energía de España acoplarse al orden cronológico (para el moral) del Reloj.

Símbolos todos los de Losada que resultan ser proféticos, porque desde el año 1916 —si las crónicas no mienten— los madrileños primero y los españoles todos después —como algo que les empuja inconscientes— se reúnen, unos en la propia Puerta del Sol bajo el reloj de Losada, otros —hoy— en torno a los receptores de Radio y Televisión de todo el país, para hacerse —al menos por un momento— eco del sueño del relojero famoso comiendo, al compás de las doce campanas del reloj, en la hora final de cada año, las «doce uvas de la suerte» para desear a España, en el año que comienza, las mejores dichas de su destino.

Este fue el hombre —José Rodríguez Losada— y éste fue su mejor deseo. Este el reloj que, para expresarlo, construyó; y éste el eco mítico que, en el minuto final de cada año, tiene su afán para todos los españoles.

Reflejar la realidad de esos símbolos —en la vida y aventura del relojero Losada y en la vida y aventura del Reloj de la Puerta del Sol— cara a los acontecimientos nacionales e internacionales que España va a vivir a partir del 31 de diciembre de 1991 —«Olimpiada de Barcelona», «Exposición Universal



de Sevilla» y «Madrid, capital Europea de la Cultura»— y a los que luego han de venir —es lo que se proponen las páginas de este libro.

Si dar a conocer lo que puedan significar esos *símbolos* —la figura humana del relojero Losada, la figura mecánica del Reloj de la Puerta del Sol— contribuyen un poquito a que se acreciente nuestra fe en las posibilidades de España, nos daremos por altamente satisfechos.



Capítulo I

El poeta José Zorrilla en Londres.—Su angustiada situación económica.—José Rodríguez Losada, ya relojero famoso, salva inesperadamente «su honor».—Primera comida juntos y desde entonces entrañables amigos.

José Zorrilla y Moral hundido en el lecho, acurrucado en las sábanas, semicerrados los ojos sobre la negra perilla y bajo la melena oscura, se halla sumergido en esa duermevela que suele suceder a un sueño inquieto y poco profundo. Son las primeras horas de un día nublado y otoñal; es en la ciudad de Londres; y corre el año 1855.

José Zorrilla en la plenitud de su gloria poética —rica en fama y pobre en dineros— cuenta en este momento 38 años de edad.

Las razones de su presencia en Londres en una fonda modesta son de tan triste índole económica



que le han tenido toda la noche dando vueltas en el lecho sin encontrar postura a la que agarrarse para encontrar salida a su situación.

Él nos los cuenta, con toda meticulosidad de detalles, en sus «Recuerdos del Tiempo Viejo».

Había publicado Zorrilla en París los dos primeros tomos de su obra *Granada*. Había vendido parte de su edición al librero español establecido en París Ignacio Boix que se la había abonado en pagarés cobrables a los nueve meses. Había caído en quiebra Boix; y sabedor Zorrilla que su deudor tenía créditos contra un rico personaje del carlismo español residente en Londres, sin pensarlo dos veces y sin más dinero que el necesario para el viaje de ida y vuelta y estancia de tres días en Londres, allí se trasladó pensando cobrar su crédito del deudor de Boix. Pero éste se encontraba fuera de Londres, y esperando su regreso se le fueron a Zorrilla sus escasos caudales y hoy se encuentra sin fondos, debiendo la posada, sin medios para regresar a París y metido en el lecho hecho una furia contra los ingleses, que consideran a los extranjeros como *perros* pues aquí —se increpa furibundo— quién no tiene dinero o va a la cárcel —aún existía en Inglaterra la prisión por deudas— o se arroja al Támesis.



Sonaron unos golpes de nudillos en la puerta de la habitación. Se limpió Zorrilla las lágrimas de rabia.

—¡Adelante!

Era el criado de la fonda que anunciaba a un visitante español. No le dio tiempo a Zorrilla a tirarse del lecho porque el visitante sin que le dieran la venia, irrumpió en la estancia.

«Era —dice Zorrilla— un hombre alto, enjuto, cejjunto, “brusco en sus modales”. Llevaba puesto un sombrero de copa que no se quitó; frisaría en los cincuenta y tantos años.»

Zorrilla entre asombrado y altivo:

—¿Quién es usted?

—José Rodríguez Losada, español y relojero en Londres.

El visitante tomó con brusquedad la única silla de la habitación, se sentó junto al lecho y dijo, seco y tajante, tendiendo su índice hacia Zorrilla:

—Vamos al grano. ¿Sabe usted la historia de mis relaciones con su padre de usted?

—No me importan. Yo nunca he vivido, ni he entrado en su casa más que después de muerto.

Y Losada como si no le oyera:

—Pues bien. Su padre un día, si yo no me escapo de sus manos, me hubiera hecho ahorcar en la Plaza de la Cebada de Madrid.



Zorrilla violento:

—¿A qué cuenta usted todo esto? No soy responsable de las acciones de mi padre, ni me hago cargo de créditos de este género?

Losada, luchando por ahogar su brusca sequedad:

—Vengo a decirle que conozco su situación. Que le han engañado haciéndole creer que aquí negociaría su crédito de Boix y yo me creo obligado a satisfacer en el hijo, aquello que no hice con el padre. Usted es un hombre distinto de su padre, y, desde este momento, le estimo y tengo a su disposición 500 libras esterlinas.

Zorrilla, envuelto en la sorpresa y en un esfuerzo para no dejarse ganar por la emoción; dominaba ésta por su soberbia romántica de poeta español, sacude su cabeza con arrogancia:

—Guárdeselas usted. Lo que usted en conciencia deba a mi padre no lo cobra en dinero su hijo.

Losada con cierta ternura en la que naufraga su sequedad:

—Usted no conoce la tierra que pisa. No tiene para pagar la fonda y aquí el que no paga se deshonra y va a la cárcel.

Zorrilla dándose un golpe en el pecho:

—O al Támesis.

Losada más tierno aún:

—Pero no irá usted al Támesis señor *cabezudo* —y



subrayó lo de *cabezudo*, como si se dirigiera a un niño— mientras viva Losada. Voy a dar orden de que me pasen las cuentas de usted y como no puede ir a ninguna parte sin dinero, usted vendrá al fin a mi casa de Londres. Aquí tiene usted mi tarjeta.

Y arrojando la tarjeta sobre la mesa de noche, hizo ademán violento de salir de la habitación.

Zorrilla se incorporó del lecho.

—Espere usted un momento.

Y Losada con brusquedad.

—¿Qué quiere usted decirme ahora?

—Más bien rogarle que abra mi valija, ahí en la cómoda. En ella encontrará usted una repetición de *French*, única herencia que recibí de mi padre.

Losada abrió la valija. Sacó el reloj y con ojos agudos de avezado comerciante, buscó en él el llamado «secreto de *French*»: las orlas de brillantes en la tapa posterior y en la caja de cristal.

—Auténtica de *French*.

—Pues bien —dijo Zorrilla— el favor que le pido —no lo había pensado y ahora lo pienso—, es que me preste usted, sobre este reloj, dinero, doce libras para volverme a París.

Losada juntó más sus dos cejas y brusco, sobreponiendo su dignidad española a su espíritu comercial, como antes Zorrilla sobrepuso la arrogancia romántica a la necesidad real:



—Yo no soy prestamista ni usurero. Ese préstamo ofendería a mi honorabilidad.

Y calmándose súbitamente:

—Pero puede haber una solución para que ambas dignidades —la suya y la mía— queden en su lugar.

—¿Cuál es ella?

—Yo puedo dar a usted el total valor de esta prenda. Así me la ha vendido, pero tendrá el derecho, si quiera o si puede, en cualquier momento, reintegrársela, devolviéndome su importe.

Calló Zorrilla asintiendo. Losada salió rápido dirigiéndose a la Casa de *French* —aquí otra vez su buena cautela comercial— para ver el registro del reloj y su valor.

Zorrilla se tiró del lecho y mientras se vestía pensada —él nos lo cuenta:

—Este Losada es el más caritativo hombre del mundo, ¿por qué tendrá la manía de hacerse el ogro y el terrible?

Y con este pensamiento, y olvidándose de su realidad económica, como solía ocurrirle cuando la inspiración lírica le invadía, quizá el primer chispazo en su mente de que Losada era un gran tipo para ser llevado, con su contradictoria psicología, a un poema. Había que dar tiempo al tiempo. Por de pronto dos cosas. La primera esta decisión de Zorrilla: «Losada será mi mejor amigo»; y la segunda, sentar el



germen de un futuro posible poema todo lo largo y profundo que su protagonista —Losada— exigía y que ligara su nombre a esos artilugios del diablo que son los relojes y a los últimos inventos sobre ellos que eran los repetidores o «las repeticiones». Sería el gran poema del reloj y Losada su protagonista, pontífice máximo de la relojería, recargando el tema de dramatismo humano, e, incluso, de magia ensoñadora.

De pronto la puerta de la habitación se abre y Losada aparece radiante de una alegría que «no consiguiera ocultar a su cejijunto semblante» —así lo observa y escribe Zorrilla.

Traía en su mano un puñado de billetes de banco que componían 35.000 reales. Los puso sobre la mesa:

—Aquí tiene usted el valor de su reloj —escribe textualmente Zorrilla— sé que usted conoce y me lo niega, la historia de su padre conmigo. Si por ella no quiere ser usted amigo mío, tenga usted entendido que yo siempre lo seré de usted. Tengo en mi casa muchos de sus libros, y nadie, ni nada, podrá jamás hacerme no querer a su autor.

Comprendí —dice Zorrilla— la lealtad de Losada. Viniéronme las lágrimas a los ojos y tendile la mano. Apretómela él enternecido y con una delicadeza exquisita me dijo:



—No podemos hablar más por ahora. ¿Quiere usted hoy almorzar conmigo a las doce? Podría usted partir esta misma noche.

Y rubrica Zorrilla:

—«Acepté y fui»¹.

Nosotros nos preguntamos: ¿dónde almorzaron aquel día Losada, el anfitrión y Zorrilla, el invitado?

Pensamos que en una fonda lujosa, de aquéllas con mecheros de gas, camareros de guante blanco y sobria y elegante decoración victoriana envolviendo el entorno. Con mesas de candelabros de plata la niebla otoñal londinense hacía que se encendieran las luces a mediodía, que iluminaban a parejas maduras —ellos con patillas blancas, levita y plastrón y ellas con largas colas de seda, amplios sombreros de plumas y polisón encajado en los sillones de asiento holgado para contener las haldas—, todo mientras fuera, entre brumas, se deslizaba el Támesis, sonaban las campanas del Big Ben, paseaba un polizone con casco oscuro, cruzaban tapadas y coches de enjaezados corceles, y, desde el Palacio de Buckingham, la Reina Victoria, vestida de blanco y fina su faz —aún vivía su enamorado, el Príncipe Alberto— regía con pulso firme el Imperio que se estaba creando, sincronizada de la mano de Lord Palmerston, cuyas discrepancias con la Reina —dado su inicial radicalismo protector de los revolucionarios de diversos países



européos— se había templado para luego desatada la guerra de Crimea entre Turquía y Rusia y atizada desde Francia por Napoleón III, elevado Palmers-ton en este propio año de 1855 a la categoría de Primer Ministro, hubo de cambiar —con su habilidad y su oratoria— creando, como creó —dado su prestigio— un ambiente bélico a favor de Turquía que se respiraba por doquier. Y ello en el aura del romanticismo que en Inglaterra, sí había sido «espi-ritual y diluido» con Shelley (1792-1822), y con Keats «más sentimental y conservador», y con Byron atormentado por el desequilibrio entre la idealidad y la realidad, conflicto que entroncaba con los cantos de Ossian y las novelas de Walter Scott, había pasado, como un ensueño neblinoso, al «clasicismo de lo romántico» de la mano literaria de Tennyson y de los pinceles de Turner, cuya pintura se imbuía de la verdadera «delicuescencia del romanticismo» en cuyo ambiente Dickens recreaba a la sazón una Inglaterra sombría, conducido por un niño desamparado «Olivier Twist» y por un club —el «Pickwick»— que envolvían las calles y los tugurios de Londres en una atmósfera fluctuante —como se ha dicho— entre «el romanticismo retrasado y el naturalismo moderado y pintoresco».

Nada sabemos —porque Zorrilla no lo cuenta en sus memorias— de los temas de conversación entre



el poeta y el relojero, en aquel almuerzo singular, pero sí el comentario que hace Zorilla, como síntesis del vínculo en profundidad que ya le unió toda la vida con Losada. Dice escuetamente:

—«Fuimos desde entonces amigos.»

Resumen que más tarde desenvuelve en verso testimonial:

«Losada es un gran mecánico
que alcanzó un inmenso renombre
más con todo vale el hombre
más que su reputación.

Aunque seco y cejjunto
y algo brusco en sus modales,
leal entre los leales
tiene de oro el corazón.

Mi padre Ministro un día
puso a precio su cabeza
él con hidalga nobleza
salvó más tarde mi honor.

Hoy ya con verdad lo digo:

Él es mi mejor amigo
y no lo tengo mejor»².



¹ José Zorrilla: *Recuerdos del Tiempo Viejo*. Tomo II. Edición «Publicaciones Españolas». Madrid 1961, pág. 314 y siguientes.

² José Zorrilla: «La Flor de los Recuerdos.» *Una repetición de Losada*. Habana Imprenta y Librería «El Iris». 1859, págs. 35 y 37.

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO



Capítulo II

Nacimiento de José en el pueblo de Iruela (León).— Sus padres y su apellido Losada.—Pastorcillo en las laderas del Teleno se le pierde una ternera.—La descubre destrozada por los lobos.—Aterrorizado huye de la casa paterna hasta Sanabria.—Alguien le recoge y le lleva a Extremadura

¿Pero realmente quién era y cuál había sido hasta entonces, y cuál sería después la vida de este extraño personaje que tan inesperadamente irrumpió en la habitación de Zorrilla en Londres, y que de tan providencial manera resolvió la miserable situación del poeta?

Era José Rodríguez Losada, relojero en Londres y poseedor como «constructor cronometrista» —así le denomina Zorrilla— de una extensa fama universal y cuya vida, movida y pintoresca, podría ser digno tema para una novela romántica.



Pero saltemos —marcha atrás— en el espacio y en el tiempo. Nos encontramos en el día 8 de mayo de 1797 en el pueblecito de Iruela, Diócesis de Astorga y Reino —hoy provincia— de León. Allá ha nacido un niño que hoy ha bautizado el «infraescrito» cura del lugar, Don Miguel de San Martín. Es hijo legítimo de Miguel Rodríguez y María Conejero. Sus abuelos paternos son Tomás Rodríguez y María Álvarez; y maternos, Juan Conejero y Ana Zamorano, vecinos todos de Iruela; y actuaron de padrinos en la ceremonia don Josef Calbete, presbítero, vecino de Villarino y Ángela Carbajo, vecina de Iruela a quienes el cura oficiante advirtió de su «obligación y parentesco espiritual» (reza la partida de Bautismo) para con el «recién nacido»¹.

¿Cómo apellidándose el padre Rodríguez y la madre Conejero, y siendo hijo legítimo, se hará llamar, el hoy bautizado, ya mundo adelante, José Rodríguez Losada?

Misterio que deja de serlo si pensamos que era costumbre de la época, que al salir del pueblo natal se adoptara, por el emigrante, si era de condición noble —ya veremos lo era nuestro personaje— como segundo apellido el de la «Jurisdicción» o «Tierra» donde se había nacido —como fidelidad a la raíz—; y el pueblo de Iruela pertenecía a la jurisdicción de Losada, adscrita a la sazón al Marquesado de Villa-



franca. Así nos lo afirma, y sobre ello ha investigado, don Luis Rodríguez H. Zamora, descendiente de un hermano de Losada que nos lo dio a conocer en un trabajo sobre este tema².

La realidad es, que aquí, en el pueblecito leonés de Iruela, en la comarca de La Cabrera Alta, cercana a Astorga, ha nacido en los días tranquilos para España y turbulentos para Europa —1797— José Rodríguez Losada.

En Francia ha concluido, con la ejecución de Robespierre en la guillotina, el *Terror* de la Revolución Francesa y la siega de cabezas y más cabezas en París. Pero un escalofrío gigantesco parece seguir estremeciendo tronos, imperios y multitudes, en este momento en que desarrolla sus actividades el Directorio francés, camino del Consulado y el Imperio, y el General Bonaparte, victorioso en la guerra relámpago de Italia, prepara la invasión de Egipto.

Reina en España la paciente y obesa majestad de Carlos IV, descansando su favoritismo en la omnipotencia de Godoy. Y, a pesar del incidente de la subida al aire del globo de Montgolfir en la madrileña Plaza de Oriente (1792) o la conspiración de Picornell (1795) a favor del Príncipe Fernando que se movía en la sombra, poco sin embargo hace presagiar la conjura de El Escorial (1807), ni el motín de Aranjuez con la caída de Godoy, ni los días trágicos



de la invasión napoleónica, ni las turbulencias posteriores del reinado fernandino.

Escasos ecos de lo que sucede en Madrid y en la silenciosa y cercana Astorga, llegan al pueblecito de Iruela, perdido en La Cabrera, cobijado bajo la mole del monte Teleno que envuelve, con su cono azul evanescente y su esmalte de nieve, como un «Fujiyama» mágico, a La Cabrera y que fue en su día, hace milenios, el asiento del *Cosus* o divinidad suprema de los Astures.

Pasan los días, se ha roto, de súbito, el relativo sosiego de España con la invasión de Napoleón. En Astorga, ciudad encrucijada de caminos, hecha de torres, murallas y sonar de campanas sobre las calles de piedra, plaza fuerte defensiva de las entradas de Galicia, repercute la invasión, incluso antes del 2 de mayo madrileño, pronunciándose el pueblo contra el francés, creando su «junta de defensa» con su «Batallón de Clavijo», que intenta, con otras fuerzas españolas, detener el arrollador avance del ejército francés en Cabezón y luego la entrada de Napoleón en Astorga, su atentado allí en la noche trágica del 31 de diciembre de 1808; los sitios de 1810 y en fin, su abandono como toda España, por los franceses, y ello mientras crece en Iruela el niño José Rodríguez Conejero (pronto será Losada) y mientras van llegando al pueblecito y a sus



entornos, como ecos perdidos de los aconteceres primeros, la noticia de las guerrillas —cuyos mero-deos victoriosos ruedan por los campos— luego el paso de grupos de fugitivos que, según nos cuentan los tratadistas, «marchaban a buscar refugio en las sierras cruzando los pueblos y cometiendo algunos desmanes».

Es ahora el año 1814. Fernando VII ha regresado a España como Rey, y sus primeros actos son los de no aceptar la Constitución que en 1812 habían promulgado las Cortes de Cádiz; disolver éstas y publicar un manifiesto en que, erigiéndose en Monarca absoluto, declaraba «nulos y sin ningún valor y efectos, los actos de las Cortes como si jamás hubiesen pasado y se quitasen de enmedio del tiempo». Se instaure así una era absolutista bajo el gobierno del Duque de San Carlos y del General Eguía, pero, sobre todo, de las «camarillas reales». Se llenan las cárceles de presos liberales, esencialmente de los Diputados que se habían distinguido en las Cortes, mientras el populacho se amotina contra los liberales, arranca la lápida a la Constitución que ostentaba la Plaza Mayor de Madrid, arrasa la estatua de la Libertad, intenta asaltar las cárceles para arrastrar liberales y aclama al «Rey Deseado» que hace su victoriosa entrada en Madrid, el 13 de mayo de 1814.



Tiene entonces el pequeño José Rodríguez 17 años. Nos lo hallamos pastoreando vacas en las praderas que, en la falda del Teleno, festonean de relativo verdor las piedras oscuras del pueblo de Iruela.

Y viene la tradición que recoge el historiador de Astorga, don Matías Rodríguez, que personalmente conoció a Losada³. Es ésta:

Cuidaba José como pastor un rebaño de ganado vacuno: «Aquella tarde el zagal, precedido de sus vacas, llega al pueblo tiritando de miedo, pues se le ha perdido una ternera que no ha logrado encontrar a pesar de que la ha buscado angustiosamente por la sierra a gritos con el viento y la incipiente oscuridad, mientras un rugido, de lobos, estremece el ámbito. La noche traga monstruosa los resquicios todos del valle y, ya en el pueblo, rechina el portón y, un candil en alto traza en pincelada violenta, un rostro sombrío. Tiembla el pastor al dar la noticia de la pérdida del ternero. Se enfurece el dueño sordido. Hay un chasquido de golpes sobre la carne adolescente. Ojos ingenuos, nadando en lágrimas de terror, huyen hacia el campo mientras oye el pastor que le gritan:

—No te admitiré en la casa mientras no traigas la ternera perdida.

Toda la noche estuvo vagando por la sierra el pastorcillo a gritos contra el viento y la oscuridad. Entre



unas matas sus manos palparon algo nauseabundo y escurridizo: sangre que empalpa el polvo, y piel de ternera desagarrada por los lobos. Allí está deshecha la ternera perdida. Anda y anda como loco el pastorcillo y ya, en pleno día, he aquí a un golpe de vista, suspendidos entre el cielo y el río, el caserío y el castillo de Puebla de Sanabria. En un supremo esfuerzo, José llega a las afueras de la villa; cae desplomado. Un arriero le recoge por lástima y le lleva con él a Extremadura.

Tal es la tradición, que contaba por don Matías Rodríguez, nosotros recreamos para la prensa y la radio en enero de 1944⁴.

Aceptado, en el fondo, el suceso por cuantos se han ocupado de la figura de Losada, y hecho tradición en la comarca, ha sido sin embargo objeto de algunas variantes.

Enciclopedias notorias como el Espasa⁵ dicen que «siendo niño Losada huyó del pueblo por miedo al castigo a causa de habersele extraviado una oveja».

Concha Espina⁶ en su novela *La Esfinge Maragata* pone así el suceso en boca de su personaje Florinda con matices dialectales leoneses:

—«Sí mujer, acuérdate de aquel rapaz de Iruela que *abandallaba* ganados al pie del Telano. Comiéronle los lobos una res y el *pobretico* temiendo al amo



alejose por la Sanabria *alante conque* llegó perdido a Extremadura.»

Ramón Carnicer en su libro de viajes *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*⁷ dice que alguien en aquella se lo contó así:

—«Aquí vivió un hombre muy famoso. Era de Iruella, en la Cabrera Alta; pero siendo rapaz cuidaba cabras del Cura de Valdecañada. Un día el lobo le comió 5 cabras y pensó que, si se presentaba, el Cura lo mataría. Entonces se echó a andar Cabrera abajo y por Sanabria llegó a Portugal.»

Luis Rodríguez H. Zamora sobrino-bisnieto de Losada en entrevista para la revista «Fotos» de Madrid (3 de enero de 1953)⁸ al preguntarle la periodista Florencia María Ortiz «si era posible que su tío-bisabuelo, porque se le extraviara una oveja se marchara para Londres» contestó así: «José Rodríguez Losada era segundón de una noble familia. Puede que de niño fuera pastor como dicen, pues es tradición familiar que, en sus andanzas, se cobijó una noche en las ruinas de un molino o de una venta, y cuando despertó, se vio contagiado de viruelas; alguien le atendió y, más o menos tarde, llegó a Madrid.»

Nosotros como más verosímil, y por proceder de quien trató al propio Losada, aceptamos la del historiador de Astorga, don Matías Rodríguez, a la que hemos reiteradamente aludido. Nos acomete sin em-



bargo una duda: ¿los ganados que cuidaba Losada serían propios de su familia —familia hidalga como veremos enseguida— o lo haría al servicio de alguien ajeno a ella? Nos inclinamos por la primera hipótesis. Don Matías Rodríguez no aclara la cosa. Nosotros pensamos que siendo costumbre leonesa, la del pastoreo en régimen comunal —o de *becera*— o en el puramente familiar, no creemos que Losada niño, hijo de familia hidalga, pastoreara otros ganados que los de su propia familia.

Porque la hidalguía de la familia Losada resulta patente. Ya don Luis Rodríguez H. Zamora en la entrevista periodística que acabamos de aludir⁹, hizo constar que en 1802 (por error de caja se dice 1902), su bisabuelo Marcelo Rodríguez Losada, hermano de José Rodríguez Losada, instó «un expediente ejecutorio de ascendencia de hidalguía o nobleza de sus ascendientes que se tramitó por la Chancillería de Valladolid, y que le proveyó de la Carta Ejecutoria de nobleza correspondiente».

Nosotros, en el Archivo de Chancillería de Valladolid hemos hallado dicho expediente. Efectivamente, se inicia el 19 de junio de 1802 y en él, don Marcelo Rodríguez Losada «vecino de Cerezinos de los Barrios (hoy Cerecinos de Campo), Zamora, y natural de Iruela de la Jurisdicción de Quintanilla de Losada», hizo constar que, habiendo trasladado su re-



sidencia a Cerecinos, por virtud de su matrimonio, a pesar de que «su padre, abuelo y demás ascendientes, vecinos que fueron del lugar de Iruela y Quintanilla de Losada, siempre habían sido tenidos como hidalgos notorios de sangre, en cuya quieta y pacífica posesión estuvieron sin contradicción alguna sin *pechar* ni contribuir con los *pechos* y derramas con que lo hacen los hombres buenos habiendo figurado siempre en las listas, nóminas y padrones del Estado Noble y guardándoseles las demás esenciones, franquicias y libertades, que como tales les corresponde en los pueblos donde han vivido y morado; y no obstante ser ello público y notorio el Concejo y vecinos de Cerecinos, dudan de su calidad y nobleza y le reparten cargas que no debe sufrir por ser propias del Estado General y Hombres Buenos», por lo que solicitaba carta ejecutoria de nobleza e hidalguía que fuera comunicada al Concejo y vecinos de la villa de Cerecinos de Barrios. Tal carta ejecutoria le fue concedida a don Marcelo Rodríguez Losada y en ella aparece ya el Losada como apellido de la estirpe que ostentaba, como hemos visto, nuestro José Rodríguez Losada, tras abandonar su pueblo de Iruela que a la Jurisdicción de Losada pertenecía¹⁰.



¹ Archivo Parroquial de Iruela. Libro de Bautismos (1753-1852), pág. 92. En el mismo Archivo y Libro, Partida de Bautismo de su padre Miguel, 6 de octubre de 1763, pág. 18 y su madre María, 17 de septiembre de 1772, pág. 47.

² Florencio Martínez Ortiz. Revista *Fotos* de Madrid. 3 de enero de 1953. «A vueltas con el reloj de la Puerta del Sol y su donante», entrevista con don Luis Rodríguez H. Zamora.

³ Matías Rodríguez. Historia de la Muy Noble Leal y Benemérita Ciudad de Astorga. Astorga. Imprenta Porfirio López, 1909, pág. 687 y siguientes; edición facsímil de «Ediciones y Publicaciones Astorganas, S. A.». 1981.

⁴ Luis Alonso Luengo. «El Pastorcillo que construyó el Reloj de la Puerta del Sol.» Reportaje. Revista *Domingo* de Madrid, 2 de enero de 1944, págs. 8 y 9.

⁵ Espasa. Enciclopedia Universal Europeo-Americana. Tomo 31, pág. 278.

⁶ Concha Espina. «La esfinge Maragata». Novela. 4.^a Edición. «Editorial Renacimiento». Madrid, pág. 344.

⁷ Ramón Carnicer. *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*. Breviarios de la calle del Pez. Madrid, 1985, pág. 29.

⁸ Luis Rodríguez H. Zamora, entrevista ya citada en *Fotos* de Florencio Martínez Ortiz.

⁹ Florencio Martínez Ortiz, id.

¹⁰ Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Sala de Hijodalgos, Legajo n.º 1.245-3. Expediente 8, año 1802.





Capítulo III

La época del rigor absolutista en Madrid (1828).— José Zorrilla y Caballero, padre del poeta Zorrilla. Superintendente de policía de la Corte y sus crueldades.— Losada militar, liberal y conspirador.— El Superintendente pone a «precio su cabeza».— Encerrona a Zorrilla, que, forzado, firma un pasaporte para Losada.— Accidentada huida de éste hasta la frontera francesa, perseguido por un esbirro de Zorrilla.

Estamos ahora en el Madrid del mes de septiembre de 1828. Tras el trienio liberal (1820-1823) que sucedió al absolutismo primero de Fernando VII —pródigo éste en conspiraciones liberales y pronunciamientos militares, incluso con la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis—, se ha instaurado una nueva etapa absolutista que se prolonga durante diez años, hasta la muerte del Rey. Etapa ésta, que, si conocida, por su rigor, como la



omniosa década produjo, entre chirriar de grillos y feroces torturas, ejecuciones a tropel en la Plaza de la Cebada y agresiones del populacho al grito de «vivan las *caenas*», trajo no obstante una cierta seguridad contra la delincuencia y una relativa estabilidad económica que permitió la lenta recuperación de los desastres de la Guerra de la Independencia —a pesar de la pérdida de amplios mercados ultramarinos— y un revivir demográfico y un ascenso del «casticismo» que alguien ha señalado como «el resurgir de la fenecida época de Goya».

Era Ministro Calomarde que había iniciado, ven-gativo y cruel, el sistema de *purificaciones*. Toreaba, dice Zorrilla¹ en la Plaza de la Puerta de Alcalá de Madrid, Montes y, bajo su dirección, comenzaba su carrera «Chiclanero» y picaba Miguet «el de la jaca pía de las corridas reales» este Miguet que murió en el corral hecho pedazos por un toro de Gaviria. Las camarillas liberales, se multiplicaban en figones y botillerías por doquier.

Era Corregidor de Madrid, don Tadeo Ignacio Gil «el de la coleta» —apunta Zorrilla— último Corregidor de los del *Sombrero de Tres Picos*, de Pedro Antonio de Alarcón y haciendo dúo con él «he aquí al Superintendente General de Policía a quien nadie se atrevería a pisar la cola de su toga, que vestía con golilla, vuelillos y encajes, tan *apresidiado* de esme-



ralda, que cuando iba a las salas de la Corte, los chicos le besaban la mano tomándole por un Obispo y él les solía decir: —Besad hijo, besad, que Dios os bendiga y os libre de oír mi música.» Apostillando con cierto humor siniestro el poeta². «Y es que tenía por altar la horca clavada en la Plaza de la Cebada.»

«Este Superintendente era mi padre —agrega Zorrilla—. Y como —concluye— «más ahorcaba cuanto más se conspiraba, el Superintendente vivía ojo avizor poniendo en práctica ciertos principios de información e intriga entre los que estaba el servirse de las flaquezas o interés pecuniario de las mujeres, para obtener secretos de los maridos y la clave de muchas cifras y la llave de muchas puertas».

Por este tiempo José Rodríguez Losada se halla en Madrid como Oficial del Ejército Español. Así lo atestigua Fernández Duro³ y así lo recoge Luis Montañés⁴, y como tal, «comprometido en los sucesos políticos de 1823 y por ello perseguido —con su saña característica— por el Superintendente José Zorrilla Caballero que había puesto precio a su cabeza».

¿Cómo de simple pastorcillo, huido de Iruela, llegó Losada a Oficial del Ejército Español? Ello es cosa que ignoramos, pero podemos suponer los esfuerzos de su voluntad indomable, la agudeza de su inteligencia, y las ayudas que hubo indudablemente de recibir de los elementos liberales que percibirían en



el joven, a no dudarle, claras condiciones y adscripción incondicional al progresismo más audaz.

Acudamos de nuevo a los Recuerdos del Tiempo Viejo del poeta José Zorrilla⁵.

Según ellos, un día, recibió su padre, el Superintendente, cierto perfumado *billete* de una dama de la que nada malo podía sospechar, pues se trataba de alguien que le solía admitir —él disfrazado de eclesiástico y ella de beata— en una casa aislada cercana a un beaterío en las Vistillas. Aquella tarde —fin de septiembre— llegó disfrazado como siempre el Superintendente, y «fingiendo cojera y apoyándose en un bastón», entró en la casa a la que aún no había llegado la dama. Esperó sin impaciencia, con los hábitos puestos. Se hizo de noche. Una criada entró en el aposento con un quinqué en su mano que rompía a ráfagas la oscuridad. Lo colocó sobre una mesa y, cerrando estaba la maderas del balcón que daba a Palacio, cuando cinco enmascarados entraron de súbito. Dos sujetaron y amordazaron a la mujer que, en silencio, no opuso resistencia, mientras el Superintendente, sentado, no se inmutaba.

Un enmascarado, el más alto de los cinco, se inclinó ceremonioso ante el Superintendente y, tendiéndole un documento sobre la mesa le dijo:

—Tenga V.E. la bondad de firmar este pasaporte y este permiso de «correr postas» para que pueda



salir de España una persona que no tiene el gusto de estar en ella.

El Intendente fingiendo humildad eclesiástica le replicó:

—¿Qué autoridad, señor, la mía, pobre clérigo, para que valga mi firma?

—Ninguna como presbítero —le dijo violento el enmascarado—. Toda como Superintendente de Policía.

Y viendo que el Magistrado no tomaba la pluma, más iracundo aún, le increpó:

—Sé que me juego la vida, pero ved que la de V.E. está en mi mano. Si con su firma me salvo, con su muerte, además de salvarme a mí, salvaría a otros muchos de ir a la horca.

El falso clérigo miró el nombre escrito en el pasaporte: José Rodríguez Losada. Y frunciendo el ceño firmó sin rechistar.

Miró a los ojos al enmascarado, en los que se adivinaba el «ceño cejjunto» del joven Losada. Éste, frenando su furia con fingida cortesía:

—Tengo fe en la palabra de V.E. Estoy convencido de que V.E. lo está en que me debe la vida. En gracia a ello proporcióneme 24 horas de ventaja para ganar la frontera.

—No podrán ser tantas. Sólo 12, hasta las 7 de la mañana, en que si no aparezco en el despacho, me buscarán.



—Bien, 12 horas —asintió Losada— y déjese atar para garantizar la palabra.

Fueron atados los pies y las manos del Superintendente. Y éste, con cierta sorna:

—Os pido me dejéis tumbado en el sofá. Podría conciliar el sueño; al cabo será la primera noche que puedo dormir con largo tiempo desde que tengo este cargo.

Pusiéronle en el sofá. Salió brusco el enmascarado Losada. De los restantes enmascarados, dos quedaron de vigilancia en la habitación y dos a la puerta de la casa.

Losada, libre ya del antifaz, galopa ahora fuera de Madrid, buscando el camino de Francia.

El Superintendente se entregó al sueño «con la más completa seguridad —por lo menos «al parecer», dice Zorilla—. Nosotros pensamos en su posible nerviosismo.

Y ello porque a las siete y media de la mañana ya se hallaba en su despacho. Tiró del cordón de la campanilla:

—Que venga Francisco.

Se presentó éste, que era «su hombre de confianza para atrapar fugitivos». Dióle orden escrita y detallada de alcanzar a toda costa a Losada poniendo sobre la mesa un puñado de onzas.

Y Francisco dubitativo:



—Señor, lleva el fugitivo de ventaja 12 horas y yo necesito 3 para salir sin contar con las eventualidades del viaje.

—En las tuyas fío para que le atrapes.

—Éstas pueden ser también las eventualidades mías.

—Cumple con tu deber y basta.

Salió Francisco y el Intendente púsose a trabajar como si nada hubiera sucedido.

La persecución del fugitivo Losada —que Zorrilla nos narra con precisión pintoresca— es un capítulo que valdría muy bien para una novela por entregas, de las de aquel momento.

La angustia del fugitivo por llegar a la frontera de Francia, entorpecida su huida por los varios incidentes del camino, la ansiedad de Francisco por alcanzarle estorbada por avatares imprevistos. Horas ganadas o perdidas por el fugitivo y por el persecutor, contando Francisco los minutos, pendiente Losada de los segundos, todo en veloz carrera con el fondo de un paisaje que iba cambiando de signo. Nubes de polvo sobre la tierra árida y yerma de Castilla tras los pinares de la sierra. Francisco hasta Aranda no consigue noticias del paso del fugitivo. Coteja allí su reloj, mientras el Duero desdobra en mil reflejos el caserío de la villa y los arcos del puente. Le lleva el fugitivo Losada 13 horas de ventaja: ¿Cómo podrá ganárselas?



Y he aquí ahora el desfiladero de Pancorbo, como un inmenso osario. Cruza veloz Francisco la garganta, oscura de peñas y sonora de ecos del trote de sus cabalos, y entra en la Villa cuyos dos castillos se arropan con la población en sus colinas. Allí Francisco se entera de que Losada había llegado con un caballo desherrado. Calculó el tiempo: había ganado sobre él, 4 horas.

Animado deja atrás aquellos peñascos tan alucinantes de Pancorbo que se cuenta que ellos fueron tomados por Gustavo Doré para situar, en su dibujo, el Infierno de *La Divina Comedia* de Dante; y sigue en galope perdido hasta Vergara, donde comienzan sus desventuras. Allí, entre nevados montes, bajo las torres y los retablos barrocos de la villa, que rubrica con su cristal el río Deva, cambia de caballo y sigue veloz para alcanzar la «posta» de Villarreal. Pronto se dio cuenta de que el caballo tomado era *asustadizo* y se plantaba.

—¡Ira de Dios! «Le rajó los hijares con las espuelas —dice Zorrilla— y le obligó a seguir a la carrera, pero se le cansó pues retrocedía espumeando la boca al tirón de la brida.»

¿Cómo pudo llegar a duras penas a Villarreal? Llegó sin embargo, pero allí vio que había perdido dos horas y media de las cuatro que antes había ganado.

Entretanto, he aquí las fatigas y las angustias de



Losada, huyendo de su persecutor para salvar la cabeza. Ya hemos dicho que en Pancorbo se le *desherro* el caballo. ¿Cuál su impaciencia mientras el herrero de la villa claveteaba una nueva herradura, con la pausa, pueblerina y castellana, que le tendría irritado, paseando furioso y mirando su reloj a cada momento, él que era «brusco y rápido en sus modales»?

Luego, a la vista de Astigarraga, una caída del caballo. ¿Cómo pudo suceder? Terribles han sido los cambios de montura y adaptación a nueva *cç*balgadura, a latigazo limpio sobre los nefastos caminos reales de España. Pero esta caída ha sido fatal. ¿Se le encabritó el noble bruto y no pudo Losada contenerle con toda su pericia de jinete militar español? Lo cierto es —cuenta Zorrilla— que se hirió una pierna y hubo de detenerse frenando su impaciencia para que se la curara un *albeitar* en Astigarraga. Tiempo perdido que le hace llegar con angustia a la villa de Oyarzun. Y allí bajo la sombra del monte Urcabe, cruza veloz, junto a la ermita del Santo Cristo y de aquella piedra misteriosa con inscripción mágica y figura de mujer a caballo —que le llenan de supersticiones—, pues Francisco, que ha ganado el tiempo que Losada ha perdido, le viene ya pisando los talones. ¿Cómo esquivarle?

Tendido en su caballo, dolorosa la pierna, Losada, velocísimo se desvía al cruzar el caserío y hace



que Francisco pierda su pista. Y cuando éste llega a Irún, ya Losada, jadeante, y con la pierna herida, tras mostrar su documento a los esbirros fronterizos, ha cruzado, como una flecha, el puente de Behobia para descabalar en tierra de Francia y despedirse, sombrero en mano, del Bidasoa, que parece, con el reflejo de sus aguas, alzar una inmensa muralla fulgurante ante Francisco, que al otro lado de la frontera queda en pie silencioso, solo —dice Zorrilla— «para cumplir con su conciencia».

¹ *Recuerdos del Tiempo Viejo*. Tomo II, págs. 307 y siguientes.

² *Recuerdos del Tiempo Viejo*. Tomo II, pág. 308.

³ *Museo Español de Antigüedades*. Tomo IX, pág. 453. Madrid, 1878.

⁴ Revista *Iberjoya*, 7 octubre de 1982, pág. 65. Luis Montañés. «Galería de Relojeros Españoles, José Rodríguez Losada.»

⁵ *Recuerdos del Tiempo Viejo*. Tomo II, págs. 310 y siguientes, donde se cuenta con toda suerte de detalles la encerrona que Losada y sus amigos hacen objeto al Superintendente Zorrilla; la huida de Losada, la pintoresca y larga persecución del mismo por Francisco, *esbirro* de Zorrilla, las angustias del perseguido y su llegada a la frontera de Francia.





Capítulo IV

Losada en Londres.—La época victoriana y el «Comité de ayuda a los emigrantes».—Losada mozo de limpieza en una relojería.—Su fascinación por el mundo de los relojes.—Le sorprende su jefe manejando instrumentos relojeros y le hace oficial de relojería.—Enfermedad del dueño de la relojería.—Asume Losada la dirección del negocio.—Muerte del jefe y ampliación del negocio en manos de Losada.—Su matrimonio con la viuda del difunto.—Estampa que hace el poeta Zorrilla de la relojería de Losada, y la fotografía de Claudet.

Desde Francia el joven Losada llega a Londres. ¿Por qué precisamente a Londres y cuáles fueron los avatares de su viaje desde Francia hasta la ciudad del Támesis?

Son los días, o los años, subsiguientes a la que Galdós llamó «la gloriosa y fecunda emigración de



1824»¹. Londres es un hervidero de emigrados españoles liberales, al amparo del «Comité de Ayuda a los Emigrantes», que allí se organizó. Propicia la emigración, para los españoles la simpatía que a ellos profesaban todos los estamentos sociales y que cuajó en ayudas del Gobierno y de la que fue buena muestra el afán de los coleccionistas ingleses por atesorar cosas de España como libros raros, que se pagaban muy caros, produciéndose —dice Vicente Llorens en su libro *Liberales y Románticos*—² varias «almonedas» de libros con tan altas cotizaciones, que un emigrado español tan notorio como el polígrafo Blanco White, no pudiendo pagar los precios del mercado inglés, encargaba a sus hermanos libros españoles a Sevilla. Familias enteras de emigrantes acudían a Londres, huyendo del terror fernandino, como lo hizo la de don Benito Galdós (tío materno de Pérez Galdós) el aventurero de la familia, que según testimonio de Pedro Ortiz de Armengol³, figura en la lista de socorridos por el Gobierno inglés en la 5.ª clase que correspondía a la de los Oficiales del Ejército.

Nada pues de extraño, que en esta situación la meta de Losada emigrante, fuera Londres. Ahora bien, como militar español que era, ¿se acogió a alguna de las ayudas del Gobierno, como lo hizo el alu-



dido Benito Galdós y tantos otros que de España huyeron?

Lo ignoramos. La realidad es, que al llegar a Londres, Losada hubo de vivir días en situación económica muy precaria.

Según reiterados testimonios fue colocado (¿por el «Comité de Ayuda a los Emigrantes»?) como mozo de limpieza en una relojería. Para barrer una fábrica de relojes, nos cuenta Juan Antonio Cabezas en su *Diccionario de Madrid*⁴ y es Matías Rodríguez Díaz⁵, quien nos da la «movida» del joven Losada, que, de ínfimo «sirviente» o barrendero en una relojería «comenzó a interesarse con agudísima intuición, en el mecanismo de relojes que limpiaba y que por todas partes le envolvían con su tintineo sumergiéndole en un mundo que pronto le fascinó y le hacían examinar «los útiles y herramientas de los operarios y fijarse con la mayor atención en sus actos y labores» —dicen don Matías—; y cuando a solas se hallaba en el taller dio en hacer, por sí, a la luz de gas que alumbraba su rostro como el de un alucinante Mefistófeles, no sólo algunas composturas de relojes, sino que llegó —con las piezas rotas y abandonadas de viejos cronómetros— a construir «verdaderas maravillas de la relojería». Profundo autodidacta Losada, hizo que su jefe, que le sorprendió algún día dejando la escoba y el plumero y manejan-



do con su mano hábil los instrumentos del taller, lejos de recriminarle por su atrevimiento, le elevara a la categoría de Oficial relojero. Fue tanto el estímulo que esto proporcionó al joven que pronto no sólo se colocaría a la altura del primer oficial, sino a demostrar, con la anuencia de sus jefes, una gran capacidad organizativa del negocio y una dosis de invención en orden a los artilugios relojeros, que, más tarde, y meditando mucho cada paso que daba, le llegaron a hacer como se le calificó en su día «el primer cronometrista del mundo».

Hoy es ya primer oficial de la relojería. ¿Es esta la famosa de French como por alguien se ha insinuado? ⁶. Pensamos que no, pues Losada siempre trató los cronómetros de French, como algo ajeno a su actividad; y cuando, ya famoso, compró, como hemos visto a Zorrilla una repetición de French, es él mismo —Losada— quien se trasladó a la Casa French, que nada temía que ver con la suya propia, para que le tasasen aquel reloj ⁷.

La vertiginosidad con que Losada penetró en los secretos todos de la relojería, ha hecho que por algún autor se insinuara, que ya antes en Madrid había trabajado en otra relojería. Nada hace suponer tal aserto. Losada en Madrid fue militar y, como tal, inmerso en las conspiraciones liberales de aquel momento y militar era indudablemente cuando perse-



guido huyó de España en aquella su novelesca evasión. Su capacidad indudable para la cronometría y para la dirección comercial, es obvio que se despertaron y pusieron de manifiesto en Londres, desde su puesto humildísimo de mozo de limpieza de una relojería, ganado por el mundo apasionante de los relojes, que descubrieron su verdadera vocación.

Y ahora un azar, quizá el destino —ese *sino* que tanto manejaron los poetas románticos españoles—. Cae enfermo el dueño de la relojería —la historia vela cuidadosamente su nombre—; la enfermedad se prolonga y se prolonga. Nos lo cuenta el propio don Matías Rodríguez: ¿Quién ha de asumir la jefatura de la relojería mientras dure la situación? No hay duda, el Oficial José Rodríguez Losada.

¿Cuál fue el impulso que Losada dio al negocio, provisionalmente en sus manos? Pensamos que muy grande y germen de la expansión que más tarde vino a tener.

Muere el jefe de Losada y éste, como encargado ya definitivo del negocio, traza, en fidelidad a la viuda del jefe muerto, nuevas directrices extendiéndole ya muy fuera de las nieblas del Támesis y creando un auténtico imperio cronometrista expandido fundamentalmente por España y por los países hispanoamericanos.



Pasan los años y Losada contrae matrimonio con la viuda de su antiguo jefe. Ignoramos cuanto se refiere a esta dama. Sólo alguien nos dice que era *escocesa*. Nada más.

«Todo esto ocurría —señala Pedro Muñoz Pan en su ensayo *El Reloj Farola de Jerez*—⁹ cerca de Euston; Rd. «allá por el año 1835» según F. J. Ritten Old Clocks and Watches and their markers. De allí el establecimiento se trasladó a Regent Street cerca de la Politécnica y más tarde al 105 de la misma calle, siendo aquí donde permaneció hasta la muerte de Losada».

Han transcurrido unos años, ¿estamos quizá en los días de 1840-1845-1850? José Rodríguez Losada tiene ahora, como queda dicho, su relojería en Regent Street 105. Ofrecen gran amplitud sus dependencias, pues el negocio en sus manos ha crecido extendiéndose la fama de sus relojes por toda Europa, y sobre todo por América Latina, donde ya poseer un Losada, es casi tener un tesoro.

Uno años más tarde Zorrilla de su gran amigo¹⁰.

Famosísimo es Losada
En la América española
Su firma y allí la sola
Garantía de un reloj
Allí desde French abajo
Comparados con Losada



Son aprendices y en nada
Reló de ellos estimó.

Y es el propio Zorrilla quién nos ha dejado, en verso también una colorida estampa de la relojería de Losada y del propio relojero moviéndose entre sus relojes; de la gente deteniéndose ante sus escaparates; y, en fin, de todo el ámbito de sus estancias, musical y sonoro de finos campanilles. Traigamos aquí esa estampa e incrustemos en ella la fotografía que de Losada hizo su vecino, el fotógrafo de su Majestad Británica A. Claudet (1870) en su estudio fotográfico frontero a la relojería en el 107 de la propia calle de Regent ¹¹.

Amplias las salas de la relojería. En ellas —dice Zorrilla— «todo vive, todo susurra y se mueve, y parece que recibe de su genio aire vital. Y de uno a otro aposento, todo es puro movimiento y sonido de metal».

Los mil cronómetros colgados columpian su música y la mecen en las péndolas con una sinfonía que se hace rebrillar de plata y oro, de nácar, de marfil y cristal —así lo señala Zorrilla—, ocupados los anaqueles por mil estuches «primorosos» y el mostrador principal cubierto de «deliciosos» instrumentos.

Fuera en la calle del Regente la multitud pasa por las «dos aceras» bajo una niebla con ráfagas de sol. ¿Qué tiene esta relojería que todos se detienen a



contemplar «tantos relojes» que, como algo misterioso, les embelesa —agrega Zorrilla— y les abstraen quizá en larga meditación o en simple curiosidad de novedades?

Y, en lo profundo del establecimiento el *gabineti-llero* desde el que Losada dirige todo, «tan estrecho y tan sencillo —anota Zorrilla— como el camarín que tiene en su buque el Capitán», y desde el que Losada «vigila sobre su hacienda con ojo escudriñador». «En este camarín hay tres o cuatro armarios y otros tantos secretos y en ellos los más valiosos objetos de su propiedad están.»

Imaginamos a Losada experto Capitán de su nave, en este camarín. De pronto se yergue para salir al mostrador principal. ¿Ha abierto su ceño cejijunto en una amplia sonrisa para saludar a algún cliente o amigo principal? Su gran estatura, su talle fino, se cubre con un oscuro levitón que entreabierto deja ver un chaleco de raso blanco con bordados multicolores. Un alto cuello almidonado que ciñe una negra corbata de lazo, casi *plastrón* sujeta como un capitel su cabeza de afeitados carrillos de color cobrizo —dice Zorrilla—, enjutos, negro el cabello y muy negro el trazo de sus cejas y su denso flequillo peinado a la derecha, tapando parte de la frente, y como escabel de su figura, largo el pantalón, más claro que la levita, y sin planchar, caído, casi tapando sus bo-



tas, que aún no ha llegado la moda del doblez en la parte baja impuesta muchos años después por el Príncipe Eduardo, luego Eduardo VII de Inglaterra. Todo ello tal como lo dejó estereotipado años después, su gran amigo y vecino el fotógrafo A. Claudet.

¹ Benito Pérez Galdós. *La Revolución de Julio. La de los tristes destinos*. Sobre este punto de la emigración española en Londres. Ver Pedro Ortiz Armengol: Preámbulo de *Galdós en París, La Estafeta Literaria*, 15 de julio de 1967.

² Vicente Llorenz. *Liberales y Románticos. Una emigración española en Inglaterra. 1823-1834*. Editorial Castalia.

³ *Galdós en París, Estafeta Literaria*. 15 de julio de 1967.

⁴ *Diccionario de Madrid*. Ediciones COMPI, 1968, pág. 391.

⁵ *Historia de la Muy Noble Leal y Benemérita Ciudad de Astorga*. Edición 1909, pág. 687 y siguientes.

⁶ Luis Montañés Fontela. *Capítulos de la Relojería en España*. Ediciones Biblioteca Literaria del Relojero, en Madrid 1954, pág. 98.

⁷ Ver sobre este punto Capítulo I.

⁸ Fernández Duro. *Museo Español de Antigüedades*, 1888. Tomo IX, pág. 453.

⁹ *El Reloj Farola de Jerez*, pág. 115 y siguientes.



¹⁰ José Zorrilla. *La Flor de los recuerdos. Una repetición de Losada*. Edición Habana, 1859, pág. 34. En la página 38 y siguientes, de *Una Repetición de Losada*, Zorrilla hace una colorista descripción meticulosísima de la relojería de Losada, con un realismo encantador y de la cual hemos tomado elementos precisos y testimoniales.

¹¹ Véase entre otros lugares la reproducción de esta fotografía de Claudet «Photographer to her Majesty», en Galería de «Relojeros Españoles», revista *Iberjoya*, artículo de Luis Montañés, pág. 65, núm. 7, 7 de octubre de 1982.



Capítulo V

Losada, primer cronometrista de Inglaterra.—Su estampa humana y profesional.—El reloj Farola de Jerez, su historia y vicisitudes.—Losada proveedor de cronómetros para la Marina Española.—Sus obsequios de relojes náuticos.—Gratitud de la Marina.—Honores españoles para Losada.

Pero dejemos a Losada en su relojería y escudriñemos sobre la silueta humana del hombre —ya en su hora de gran cronometrista— y sobre su silueta de triunfador en el arte de la relojería.

En cuanto a la primera, volvamos a Zorrilla, su auténtico biógrafo en su obra, que tantas veces hemos de citar, *Una repetición de Losada*¹. Dice de él:

Ni pobre ni desdichado
Llegó jamás á su puerta
A quien no le fuera abierta



De su corazón á par;
Establecido entre ingleses,
Jamás de española tierra
Llegó ninguno á Inglaterra
Que de él se pueda quejar.

Liberal por convicciones
Y por circunstancias luego,
Jamás ha atizado el fuego
De nuestra guerra civil;
Ni en su opinión ni en su vida
Hay nada que le avergüence:
Jamás su carácter vence
Temor ni codicia vil.

Losada, que nunca niega
Un favor ni un beneficio,
Es hombre de recto juicio
Y de leal intención.
Si un consejo se le pide
Os se le fía un secreto,
Dá aquel: y á su fé sugeto
Muere éste en su corazón.

Por cien remotos países,
Que jamás ha visitado,
Su reputación de honrado
Bien establecida está;



Y en su sencillez modesta
Tiene él solo más amigos,
Que envidiosos y enemigos
El poder á muchos dá.

Basta del hombre; el artífice
Es un sér muy diferente:
Su espíritu inteligente
De él se revela en redor,
Cuanto compone su casa
Tiene un singular aspecto:
Todo en ella tiene efecto
De movimiento y rumor.

En lo profesional, como excepcional cronometrista, los triunfos se le escalonaron por estos años. Hasta 1853 —dice Fernández Duro—² la Marina Española adquiere los cronómetros que le eran necesarios, «ya en España de segunda mano, ya en Londres por las comisiones del Cuerpo». Son los momentos —señala Luis Montañés—³ en que, «la relojería inglesa después de llegar a la cumbre de su perfeccionamiento está a punto de ceder ante el empuje arrollador de la relojería suiza; crisis que Losada no llegó a conocer, ni quizá a presentir», pero que él contribuyó a que de manera automática se fuera frenando.



Porque es este el momento en que el nombre de Losada irrumpe en el área de la relojería inglesa, elevando el prestigio que hasta entonces poseía y salvando y superando, para ella, el momento. «Losada —dice el mismo autor— representa así, uno de los instantes más interesantes de la relojería inglesa en la larga etapa victoriana.»

A las Comisiones del Cuerpo de Marina Española «sonaba ya el nombre —dice Fernández Duro—⁴ de aquel relojero español que no sólo había logrado vencer las dificultades del arte, sino que había eclipsado también la reputación de los más hábiles de la Gran Bretaña donde se pagaban sus relojes y cronómetros a mayor precio, alcanzando el prestigio de la moda».

¿Fue entonces —1855— cuando Losada, que acababa de conocer a Zorrilla en aquella visita que le hizo a su posada londinense, inició sus gestiones con la Marina Española para proveerla de cronómetros, gestiones que culminaron en 1858 en la forma en que hemos de relatar? Es probable que fuera en aquellos momentos, pues data de 1856-1857 la instalación en España del primer reloj de calle, con la firma «J. R. Losada 105 Regent St. London» y por ello del conocimiento que de Losada hasta aquí había llegado. Se trata del Reloj-Farola colocado en la Plaza



del Arenal de Jerez de la Frontera «reloj de cuatro esferas al que da soporte una columna de hierro».

Es curiosa la historia de este reloj recogida por Pedro Muñoz Pan⁵, con el aparente fracaso inicial que aparejó y que, a la larga, fue atribuido no a la máquina relojera, sino a su instalación eléctrica —novedad en aquel momento— realizada por elementos españoles ajenos a Losada.

El reloj fue ofrecido por la Dirección del «Ferro-carril de Jerez al Trocadero» al Ayuntamiento de Jerez del 19 de junio de 1856, en oficio que, entre otros particulares decía: «con el fin de regularizar los relojes de esta estación y tener un motor eléctrico que imprima la exactitud que presta tan reciente descubrimiento, esta empresa ha hecho traer un péndulo eléctrico construido con toda perfección en Inglaterra.» Y agregaba enfáticamente: «Ha de considerarse también el adelanto considerable que esto imprimirá a la creciente civilización de esta ciudad ya que un reloj de su clase sólo existe en Londres en el Puente Charing Cross movido desde el Observatorio de Greenwich.»

Se firmó el acuerdo entre el Ayuntamiento de Jerez y la Empresa Ferroviaria, estableciéndose que ésta cedía «un hilo eléctrico regulador para comunir la hora a las cuatro esferas del reloj y el Ayuntamien-



to cuidaría de su custodia siendo de su cuenta cualquier daño o descomposición».

¿Pero qué ha sucedido al reloj que, colocado con tan buenos augurios, desde el primer momento le faltaba exactitud y tuvo «frecuentes descomposiciones», hasta el punto que hubo de ser retirado de la farola y, después de muchas incidencias, atribuidas no «a una máquina del prestigio de Losada que ha de funcionar bien, sino a defecto del tendido eléctrico», fue cambiado o transformado en un reloj de cuerda que el propio Losada envió en sustitución del eléctrico y que no llegó a la Aduana de Cádiz hasta el 10 de julio de 1857?

Que el prestigio de Losada con todo ello quedó incólume, y que el nuevo reloj funcionó a la perfección, resulta claro en el hecho de que la Marina Española durante esa etapa —1856— después de adquirir varios relojes náuticos a nuestro relojero, propone al Gobierno Español, y éste expidió, título honorífico a favor de Losada de «Relojero Cronometrista de la Marina», por Real Orden de 3 de diciembre de 1856.

En 1858⁶ Losada somete a prueba de la Marina Española 25 cronómetros suyos. De ellos se adquieren 15 que «reunían las mejores condiciones». El resultado de los mismos sobrepasa las más optimistas previsiones, tanto que en el propio año, 1858, se



otorga a Losada la «Encomienda de Número de Isabel la Católica» y se le confiere el título de «Cronometrista y Relojero de la Cámara de SS.MM. y Real Familia» con uso de armas reales de España⁷.

Losada ha triunfado en toda la línea dentro de aquella España que, un día, le vio huir para salvarse de la horca y que hoy le otorga los máximos honores.

¿Cuál es la reacción de Losada ante todo aquello que su patria le otorga? Nos la podemos suponer en un ser que —según Zorrilla— era, tan ajeno a la codicia, como abierto a la generosa gratitud. Pero tenemos un testimonio valioso de cómo él correspondió en aquel momento con España. (Más tarde dará otras muestras mucho más altas y valiosas de su agradecimiento.)

Le imaginamos sentado en el camarín de su relojería, la mano en la barbilla juntando aún más sus pedradas cejas, en hondo silencio meditativo, mientras le envuelve toda la música sutil de los campanilles y de sus relojes colgados por todas partes; y le suponemos salir brusco de su abstracción para secar quizá una lágrima de gratitud —Losada era en el fondo un sentimental— y tomando la pluma, rasgurar sobre el blanco folio aquella deliciosa carta al General Armero reproducida por Fernández Duro⁸:

«Hoy he tenido el gusto de embarcar, dirigido a San Fernando, un péndulo astronómico que no dudo



pondrá en su lugar el buen nombre del pabellón español. Si así sucede, tendré el orgullo de haber contribuido con algo bueno a mi patria. No lo tendré menos en ser quizá el primero que, desde el extranjero pone en ella tal pedazo de bronce... Dentro de tres a cinco semanas remitiré otro que también tengo destinado a nuestro Observatorio, por ser muy a propósito para el caso de observaciones al oído, mientras que el primero lo es para las el ojo e instrumento... Suplico a la Marina que los acepte como memoria mía y débil muestra de agradecimiento.»

Después de escrita la carta ¿parecería acaso a Losada —dada su generosidad— que era débil gratitud el envío de los dos péndulos cuando, además de ellos —uno destinado al Observatorio de San Fernando y otro al Colegio Naval— envió —según nos cuenta Luis Montañés—⁹ «dos hornos de calor y frío para someter a estas máquinas a pruebas de temperatura, quedando en remitir después un cronómetro especial que estaba construyendo, cuya esfera tendría 12 “de diámetro y 4, 5” la de los segundos?»

La emoción con que la Dirección del Observatorio recibió tales obsequios de Losada, queda patente en el oficio de la misma cursado a sus superiores describiendo minuciosamente la sorprendente originalidad de las máquinas enviadas, a las que califica «de una delicadeza de trabajo admirable»¹⁰.



Losada se siente conmovido y bulle en su mente, una idea que, ya en 1859, constituye una verdadera decisión: debe viajar a España; debe visitar su pueblo de Iruela, la pequeña ciudad de Astorga y la Villa y Corte de Madrid. ¡Tantas cosas habrán cambiado allí desde que abandonó aquellos lugares! Siente ahora cómo el Destino —huida tras huida— le había llevado a la prosperidad de hoy. ¿Cuál hubiera sido su vida sin aquella escapada, cuando de niño se le perdió la ternera en el monte, y sin aquella otra, cuando puso precio a su cabeza el superintendente de policía don José Zorrilla y Caballero?

¹ Zorrilla, *Una Repetición de Losada*, pág. 35 y siguientes.

² Fernández Duro, *Museo Español de Antigüedades*. Tomo IX, pág. 454 y siguientes.

³ Galería de Relojeros Españoles, José Rodríguez Losada. *Iberjoya*, 7 de octubre de 1982, pág. 70.

⁴ Fernández Duro. Obra citada.

⁵ Pedro Muñoz Pan. Trabajo citado.

⁶ Luis Montañés, «Galería de Relojeros Españoles», pág. 66.

⁷ Id., pág. 66.

⁸ Id., pág. 66.

⁹ Id., pág. 66.

¹⁰ Id., pág. 66.



Capítulo VI

España en la época Isabelina.—La «Tertulia del Habla Española», en la relojería londinense de Losada.—Los tipos en ella de los exiliados hispánicos: Prim, Cabrera, Rozas, Montpensier, Carrera, Luis de Altamirano.—Los relojes de Losada y sus supersticiones.—Los 3.000 versos de Zorrilla en su obra «Una Repetición de Losada».

Muchas vicisitudes ha corrido España desde el instante en que Losada la abandonó en huida, durante la absolutista «década ominosa».

El 23 de septiembre de 1833 moría Fernando VII abriéndose el movido problema de la sucesión al trono. De tres años de edad la Princesa Isabel, fue proclamada Reina (con la oposición del incipiente Carlismo), siendo designada regente la Reina viuda María Cristina. Se enciende en el Norte la guerra civil, que en 1839 concluye con el abrazo de Vergara.



A la regencia de María Cristina, realmente destituida por las Cortes, sucedió, por designación de éstas, la regencia de Espartero que, tras incidencias sin cuento, concluyó teniendo el General regente que abandonar España en el navío inglés «Malabar» rumbo a Londres.

Convocadas Cortes extraordinarias el 15 de octubre de 1843, éstas adelantan en once meses (que faltaban a la Reina Isabel para cumplir los 14 años) su mayoría de edad asentándola en el trono. Vuelve a España María Cristina con su segundo esposo Riansares. Luego el polémico matrimonio de Isabel II con su primo Francisco de Asís. Junto al trono de Isabel se suceden las camarillas. En 1852 al salir la Reina de la Capilla de Palacio es herida por el Cura Merino, que muere degradado y ahorcado. Sor Patrocinio, la «Monja de las Llagas» llena el Palacio Real de milagrerías.

El 28 de junio de 1854 el General O'Donnell da el golpe militar de Vicálvaro —la «Vicalvarada»—. Las tropas ministeriales huyen de Madrid. O'Donnell avanza por Andalucía y lanza un manifiesto escrito por el entonces joven periodista, Cánovas del Castillo, que se le había incorporado, en el que se decía: «Queremos la conservación del trono, pero sin camarillas que le deshonren», y presentaba un nue-



vo y sugestivo programa de gobierno. Así nace la Unión Liberal que tanto juego político había de dar.

La Reina entrega el poder al General Espartero que es recibido triunfalmente en Madrid el 28 de junio de 1854 y que incorpora al Ministerio a O'Donnell en la Cartera de Guerra.

Se destierra a la Reina Madrid María Cristina y se convocan Cortes constituyentes. En la campaña electoral se da a conocer un nuevo orador, Emilio Castelar, a cuya arrolladora elocuencia González Bravo contesta así: «¡Yo te saludo joven Democracia!»

Y viene el tiempo de gobernación de la «Unión Liberal» ya consolidada, que, con el Gobierno de O'Donnell, marca la etapa más estable en el poder de este partido y que transcurre desde el 30 de junio de 1859 a 2 de marzo de 1863.

El 22 de octubre de 1859 España declara la guerra al Sultán de Marruecos y se inicia la epopeya de la llamada «Guerra de África».

Al margen de tantos españoles avatares —disturbios, cuarteladas, insurrecciones y guerra interior y exterior— Inglaterra vivía la larga y próspera «era victoriana».

Cuando en el otoño de 1855 Losada irrumpe aquella mañana en la habitación de Zorrilla en Londres, son los días en que en la relojería del emigrado español, se celebra a diario lo que su amigo don Ma-



tías Rodríguez¹ llamó *La Tertulia del Habla Española* porque —dice— «era el refugio permanente de los emigrados españoles de todos los partidos y también de las repúblicas hispano americanas». *Tertulia del Habla Española* se denominaba, porque en ella sólo se conversaba en español y a ella acudían, casi sólo, gentes de nuestra lengua.

Nos resulta adorable la evocación de aquella tertulia y de los tipos que en ella se movían, según las referencias de don Matías Rodríguez y del propio Zorrilla.

Allí, don Ramón Cabrera ya no es el carlista «generoso león nunca domado» que dijo el poeta Francisco Cea, porque ya su recio bigote de guías caídas y su rostro casi triangular para unos ojos grandes agudísimos, son ahora dulce suavidad sosegada en el vivir británico, pues su esposa —dama inglesa— ha hecho del león español, un manso cordero que nada quiere saber de belicosidades. Allí don Juan Manuel Rozas, suavísimo en su acento argentino, discutiendo con don Juan Prim que, juvenil, delgadísimo —estrecho de pecho— bajo el hilo de su barba oscura, es todo nervio, vitalidad y emoción. Allí el Duque de Montpensier que, en sus viajes a Londres, no falta a la tertulia y esconde en su corpulencia, en su barba cuidada, en las guías de su bigote y su amplia frente, sus aspiraciones al trono de España y



sus tortuosas maquinaciones que no se descubren en su torrencial, pero medida palabra de elegante conversador. Allí el propio poeta Zorrilla, que, quizá, aquel día de su primer encuentro con Losada, ya asistió a la tertulia observador de sus detalles y ojo avizor de posibles temas, para hacerlos poesía.

Allí el cigarrero Carreras, este Carreras citado por don Benito Pérez Galdós en sus *Episodios Nacionales*² y por Malcolm Gardner³ que era un liberal español llegado a Londres cuando la emigración de la era absolutista fernandina, que hizo fortuna, inventando o introduciendo en Inglaterra el cigarrillo de papel, dueño a la sazón de «una inmensa empresa tabaquera» que, con su nombre, aún subsistía de 1955. De su presunto invento fue nuestro gran amigo y compañero José Díaz Buissen quien nos rectificó «calificando a Carreras de» mero introductor del cigarrillo en Inglaterra», pues, según él, era tradición sevillana, recogida en algún viejo libro curioso, atribuida a los mendigos de Sevilla —aquellos del Patio de Monipodio— que cogían los desperdicios del tabaco americano para envolverlos y fumarlos en trozos de papel. Sea lo que fuere, Carreras acertó a envolver para Inglaterra el tabaco en finísimas hojas de papel, fabricando los cigarrillos, como hoy los conocemos, y cigarrillos que seguramente él ofreció algún día a los asistentes de la tertulia de «habla



española» que los saborearían con deleite —empezando por Losada, gran fumador de puros, según Zorrilla—, y siguiendo por los demás contertulios, envueltos todos, con su charla, en el humo aromático de los cigarrillos bajo la sonrisa complacida del inventor Carreras.

¿Temas de conversación en la tertulia? Variadísimos: la situación de España en primer término; la de Francia con la sociedad de Napoleón III y Eugenia de Montijo; la de Inglaterra, con el puritanismo, la Corte de la Reina Victoria (vestida ésta siempre de negro añorando a su adorado muerto, el Príncipe Alberto) y las extravagancias poéticas de Lord Byron; y, sobre todo, preguntas y diálogo de los contertulios con Losada, sobre el mundo fascinante de los relojes. Zorrilla, comentando este punto nos dice⁴: «Yo no sé qué misterioso y siniestro fatalismo hallo yo en el mecanismo y el objeto del reloj.» Y nos cuenta cómo Losada, contestando a sus preguntas, tomó cierto día una caja de relojes para rubricar su charla y que él narra así: «Cuando abría en mi presencia, Losada, una de esas cajas en que suspensos en fajas sus mil relojes están, se me antojaba que abría otra caja de Pandora, que el mundo a llenar traidora iba de duelo y afán.»

Era asiduo a la tertulia Luis de Altamirano —¿se refiere a él la atribución de la calle de Altamirano exis-



tente en el barrio de Argüelles madrileño?—, extraño y joven personaje de talante romántico y, según Zorrilla⁵ «un mancebo galán y cortesano» que desde Londres «en misión oficial» había enviado la Soberana —Isabel II— al continente americano y sobre el que Zorrilla, pasados los días, hubo de enhebrar, en torno a él, a su esposa Luz y sobre todo, a su amigo Losada —que adquiere el carácter de protagonista— un poema de casi 3.000 versos titulado «Una repetición de Losada», mezcla de ensueños y realidades, deliciosa pintura del alma de este personaje —Losada—, de su modo de vida, de su inteligencia mecánica y, sobre todo, de su humanidad⁶.

Tiene a la sazón, Altamirano, en los días de la tertulia, 28 años. Losada «en una extrema situación» le había tendido la mano. Desde Londres marchó a Cuba en la diplomática misión a que hemos aludido. Allí se enamoró de Luz, una bella cubana de distinguida familia. De ella dice Zorrilla: «Era Luz un lirio que brotó en La Habana, más bien que una mujer, con la gracia lánguida y hechicera de las pálidas hijas de la tierra.» Luis Altamirano ha viajado por muchos países, ha sido agregado a muchas Delegaciones. Ya en Cuba, Luz y Luis se casan en plena luna de amor y salen de Cuba para Londres. A la tertulia del «habla española» llega la noticia. Zorrilla comen-



ta, cómo el Doctor Zambrana «un médico que ejerce con conciencia su profesión y que «amó a Luz como a una hermana», al despedirse del matrimonio en Cuba, mirando a Luz y «sondando los secretos de su ciencia» dice: «esta niña hizo mal en casarse esta mañana, pero hace bien en irse de la Habana». Losada, en la tertulia, preocupado comenta: «¿Por qué diría esto el buen Doctor Zambrana?»⁷.

Pasados los días llega el matrimonio Altamirano a Londres. Losada, les recibe emocionado y les entrega el obsequio que tiene preparado para Luz⁸. Así lo contó Zorrilla: «Cuando casado en Inglaterra volvió don Luis de la Habana, a la hermosa americana Luz hizo Losada don del reló más primoroso, de más valor y más lujo que su fábrica produjo: que era una *repetición*. En su interior, con objeto de colocar un retrato, había oculto un secreto en cuyo fondo, a buril y en microscópicos signos, estaba escrita la fecha del día en que a Luz fue hecha aquella ofrenda gentil. Luz, que venía instruida del carácter de Losada, de la amistad acendrada que Luis tenía por él, juró llevar esta prenda perpetuamente consigo, en memoria del amigo a su marido más fiel. Losada, que no vio entonces más que amor, gloria, riqueza, juventud, dicha, belleza y esperanzas en los dos, fió en que las dulces horas por aquel reló marcadas, estaban predestinadas a la ventura por Dios.»



Ello era así. Zorrilla al escudriñar en su poema los rincones del alma de Losada, nos dice en sus versos que «si todos los grandes talentos tienen alguna superstición», Losada tiene la suya, pues «teme asociar su nombre a algún ajeno dolor», y construye relojes —especialmente *repeticiones*— para regalar a sus amigos —¿construidos bajo el signo de las estrellas propicias de ventura para el amigo obsequiado?— con el deseo de que para él «sea prenda de placer solo y de amor», y se los entrega siempre con una frase que Zorrilla en verso recrea así:

«¡Plegue a Dios que los momentos
que esta máquina te cuente
no marquen perpetuamente
más que placer para ti!»

Así le entregó a Luz, Losada la repetición para ella construida, «cincelada en oro y miniada en marfil».

Por eso, cuando una mañana —residiendo ya en París Altamirano— Losada se hallaba sentado en su *gabinetillo* «arrobado —dice Zorrilla— en uno de esos perdidos momentos en que nuestros pensamientos dejamos ir al azar», se apercibió que entraba en la relojería un criado que para él traía una carta certificada, salió rápido, lleno de vagos presentimientos y, como al tomarla viera que, «traía el sello de Francia



con una instancia del Embajador francés», la abrió con nerviosismo y con ella entró en su gabinete⁹.

La carta decía así: «París Abril veintitrés. Querido amigo con honda pena voy a dar a usted un pesar. Luz está peor cada día ya no hay remedio para ella. La ciencia trabajó en vano, su última esperanza es el clima de América. Como vamos pues a Londres, tomaremos ahí reposo y veremos de ir a América después. Necesito una casita sola en un barrio tranquilo. Llegaremos a tres día de la fecha de esta carta y cuando de Francia parta le hará a usted avisar por telégrafo. Le pido secreto, pues prefiero no recibir a nadie. Con usted me basta. Casi hastío el trato humano. Adiós: Luis de Altamirano.»

¹ Matías Rodríguez, *Historia de Astorga*, 1909, págs, 688, 689.

² Luis Montañés, *Galerías de Relojeros Españoles*, pág. 66.

³ Textos de Malcolm Gardner, facilitados por Luis Montañés, *Galerías de Relojeros Españoles*, pág. 65 y siguientes.

⁴ José Zorrilla, *Una Repetición de Losada*, La Habana, 1859.

⁵ *Una Repetición de Losada*, pág. 21 y siguientes.

⁶ *Una Repetición de Losada*, pág. 34 y siguientes.

⁷ *Una Repetición de Losada*, pág. 33.

⁸ Id, pág. 52.



Capítulo VII

Altamirano y su esposa Luz, llegan a Londres.—La casa que les ha preparado Losada.—El doctor Lees y la terrible enfermedad de Luz.

Quedó anonadado Losada. Dice Zorrilla¹: «Arrancó al fin un suspiro y al levantar la cabeza que el peso de la tristeza sobre el pecho le dobló, mostró una furtiva lágrima.»

¿Conocía Losada de antemano la enfermedad de Luz —que era la tisis, romántica dolencia del momento— o fue esta carta la primera revelación de ella? Lo cierto es que Losada piensa en aquella profecía del doctor Zambrana y se atormenta sintiendo que el regalo de su *repetición*, lejos de traer a Luz la dicha, le ha traído la desventura.

«Taciturno y cabizbajo» anota Zorrilla, toma su sombrero de copa y su *karrik*, sale a grandes zancadas de la relojería, camino abajo por la calle Re-



gente, bajo la niebla que emborrona la ciudad y difumina las figuras; y, agrega Zorrilla «en la esquina de la calle de Oxford se perdió».

¿Adónde se dirige Losada, que, según Zorrilla, «es persona que medita y reflexiona su final resolución»?

También Zorrilla nos lo cuenta. «Se dirige a una de las calles solitarias que, más allá de la calle del Regente, dan a Londres carácter diferente del que tiene en otros puntos.» Barrio, diríamos, residencial, «de casas aisladas y dispares de diversa arquitectura»; y tiende sus pasos hacia una que, «encerrada en la verdura, tiene visos de quinta y de castillo». Entra en ella y, conducido por alguien, visita aquella casa que se alquila. Recorre una a una las estancias y Zorrilla se deleita en contarnos cómo cada rincón es auscultado por la fina mirada de Losada: «La extensa escalinata de la antecámara; el comedor del que se sale al jardín; el salón de música con piano; la sala de armas, y, en el piso alto, los dormitorios, el baño, el tocador, el gabinete de las damas, el bufete del dueño y, en el bajo, los oficios del hogar y servidumbre.» (Y se complace en reseñar los muebles, la ropa, etc.) Todo tan del gusto de Losada, que toma por su cuenta la casa para su amigo Altamirano, y Zorrilla se solara en componer una larga tirada de versos, ensalzando el confort de las mo-



radas inglesas, frente al desorden y la anarquía de las españolas:

«Para esto de alojar, los ingleses tienen don especial, y nadie sabe amalgamar como ellos cuanto cabe a un tiempo en bienestar y en intereses»

Aunque triste, sale satisfecho de la casa Losada, porque no sólo ya tiene mansión para su amigo, sino servidumbre que allí mismo ha tomado².

Transcurre el plazo que Luis de Altamirano fijaba en su carta para llegar a Londres. Ya está allí del brazo de su esposa, Luz; y ya, guiados por Losada, se dirigen a la casa que éste les ha preparado. Resplandece la primavera. Zorrilla puntualiza: «La mañana está clara, el aire puro, el cielo azul, la atmósfera serena, Londres alegre, vuelan las golondrinas, brotan las flores purpurinas al influjo vivísimo de mayo.»

«Van a dar las diez de la mañana.» En la casa que Losada preparó para Altamirano y Luz, el portero que la guarda, «engalanado en su librea azul, está plantado a cuatro pasos del umbral, fuera. Y por el jardín, paseando mesurado y deteniéndose a oler las rosas, un hombre ya de edad, condecorado con la Legión de Honor, de etiqueta vestido y de lustrosa



bota y guantes blanquecinos calzado». «Blanca su cabellera, amplía la fuerte faz, serena la mirada, severo el continente, este hombre que confianza inspira, digno en la sencillez del patriarca, es el doctor John Lees, que ha atesorado cuanto en el mundo científico ha salido y lo que su experiencia le ha enseñado.»

Es, en una palabra, el gran médico británico amigo de Losada que, a ruego de éste, espera en la casa la llegada de Altamirano y de Luz para que la primera visita que éstos reciban en Londres a su llegada sea la suya, y vea a la cubana, opine sobre su enfermedad y se encarguen de su tratamiento médico.

El doctor John Lees oyó ruido en la puerta del jardín «tendió al aire los oídos —cuenta Zorrilla—, y vio como el portero abrió el enrejado y un faetón de viaje atestado de equipaje entró rodando por el sendero enarenado».

Salió el doctor a su encuentro, saltó del faetón un hombre «en elegante sayo de viaje» y Altamirano, tras él, otro hombre, Losada. Asomó una mano femenina, la de Luz, que se apoyó en la de su esposo y posó en el jardín exhalando un grito.

«¿De sorpresa, tal vez?»

Era Luz; pero cuán diferente de la hermosísima habanera que un día brillara en los salones de su Cuba natal. Tan cambiada estaba por la enfermedad, que



«parecía su imagen inmaterial vaciada en cera», comenta Zorrilla. Melancólicamente sonrió al doctor y los cuatro amigos juntos entraron en la casa». Al subir la escalera del jardín, «Luz se detuvo fatigada. Losada le dio el brazo y, ya en el amplio salón, presentó a Luz al doctor Lees con la solemne gravedad precisa —Zorrilla lo anota— de ceremonia tal en Inglaterra».

—Dejadla que un instante se repose —ordena el doctor.

La contempla Lees de hito en hito, con la fija y recóndita mirada del sabio que su ciencia ve con celo y Luz:

—Estoy, doctor, muy fatigada; dadme el brazo, al salón venid conmigo y si acaso doctor mi vida en sus extremos pisa, seréis mi último amigo.

Una hora dura la consulta de Luz a solas con el doctor Lees. Mientras ello se produce, Losada va mostrando a Altamirano, una por una, las estancias de la mansión. Bajan al jardín. Llega a él Luz del brazo del doctor. Se sientan los cuatro al borde de la fuente que irisa el aire con finos chorros de surtidor. Charla corrida entre los cuatro. «Ofrecimiento de amistad sincera que brota ya del corazón y verdadera.» Rato encantador, pues «Lees estuvo en sus pláticas ameno; Luis, de verbosidad y gracia lleno; Losada, original; Luz hechicera... Quedaron unos de



otros encantados» y, al despedirse, «verse todos los días prometieron».

Y luego, ya en la puerta del jardín, retirados al salón Luz y Altamirano, el diálogo entre Losada y Lees. Pregunta aquél, inquieto, al doctor³:

—¿Cómo está Luz?

—Muy mal. De muerte herida.

Se estremece Losada y preso de nerviosismo:

—¿Habrá esperanza alguna de salvarla?

—Ninguna. Tres meses, cuando más, tiene de vida...

Y entre tanto, en el salón, el diálogo entre Luz y su esposo: Le pregunta éste, inquieto:

—¿Qué tal el doctor? ¿Qué dice de tu estado?

Ella forzosamente sonriente:

—Aunque te asombre, no piensa como los otros.

—¿Cree que te sanará?

Y Luz, fingiéndose radiante:

—Dice que, si Dios quiere, es cosa llana sanarme con sus gotas, alimento, buen aire, buen humor y movimiento.

Don Luis:

—Dios misericordioso. Si te cura John Lees...

Luz, interrumpiéndole:

—No tengas duda; yo en la palabra de él con fe reposo.



Y la charla —Zorrilla lo anota— entre los esposos se prolonga, ilusionada en don Luis, con fingida alegría en su esposa Luz. Entre tanto, Losada y el doctor, desesperados y en silencio, caminando «al fondo de New Road del brazo dados, se fueron a perder en lontananza».

¹ *Una repetición de Losada*, págs. 50 y siguientes.

² *Una repetición de Losada*, págs. 56 y siguientes, donde meticulosamente Zorrilla describe todas las escenas acaecidas en la casa que Losada preparó para Altamirano, con la presencia del doctor Lees, el reconocimiento médico, que este hace de la enferma, etc.

³ *Una Repetición de Losada*, págs. 70 y siguientes, donde Zorrilla, en verso endecasílabo, recoge estos dos diálogos entre Losada y Luz, y entre Luz y Altamirano.



Capítulo VIII

Luz y la tertulia musical y literaria en casa de Altamirano.—El palco de Losada en la Ópera Italiana.—Losada lleva al cantante Moriani a casa de Luz.—Veladas de canto de Luz, Moriani en presencia de Losada.—A Luz, el doctor Lees le prohíbe que cante. «Si canta, morirá.»—Losada cuida de Luz.—El dúo de Lucrecia, cantado por Luz y Moriani ante Losada.—Luz cae desmayada en brazos de Losada.

Día a día, en este mes de mayo, Losada y John Lees visitan a Luz. Poco a poco consiguen romper el aislamiento en que ella y Luis se colocaron. Losada y Lees son grandes relaciones en el mundo del arte, las utilizaron para crear en torno al matrimonio Altamirano un grupo de amigos, no grande, pero sincero, y afín a ellos en «aficiones que les trajeran espiritual conversación ajena».



Así nace otra deliciosa tertulia, ahora en casa de Luis Altamirano¹. Primero fueron dos escritores franceses, luego «un egregio poeta cuya vena no inspira románticos horrores» dos pintores italianos y dos compositores musicales alemanes, los que se hicieron asiduos «tertulianos» de la casa. Zorrilla nos cuenta cómo en las soirées del salón de Altamirano, «entre dichos chispeantes de talento» se elevaban «frívolos caprichos»². El álbum de Luz y el aire de las estancias, se llenaban de «sonatas alemanes, de canciones españolas, «de serenatas venecianas y de napolitanas barcarolas». Luz, sentada al piano, resbalando sus manos sobre el teclado, se sentía feliz. Era la música su afición favorita y, «con aquella sociedad risueña, comienza a sentir la muerte cada vez más lejana». Posee una bella voz de contralto, que fue educada, y en tiempos cantaba romanzas de ópera, pero ahora, John Lees, atento a su curación, le ha prohibido terminantemente cantar.

Pero es tanta la afición de Luz por la música, que Losada toma al fin el abono de un palco proscenio en la «Ópera Italiana» de Londres, para que, tres noches por semana, asistieron Luz y su esposo, al espectáculo con todos los amigos de la tertulia: Losada, el propio John Lees, los escritores franceses, los pintores italianos y los compositores alemanes.



Maravillosas veladas en la Ópera aquellas en que Losada, de rigurosa etiqueta, en el palco, tras la figura pálida de Luz, entre los rebrillos suntuosos de oro y la visión de la sala radiante, era como un contrapunto de los demás contertulios. Luz apoyada su fina mano en el barandal de terciopelo rojo del palco, entre «blancas blondas» resultaba «la imagen poética de un hada».

Los cantantes Lablanche, Mario y Alboni en el entreacto mirando desde bastidores —¡oh el agujero del telón para los ojos de los divos!— se preguntaban quién era aquella dama a la que envolvía un halo de misterio. Otro cantante, Ronconi, les dio el relato la vida de la «palidísima habanera que cubierta de blonda y, a pesar del calor envuelta en pieles, ven salir de su palco para subir a un elegante coche seguida en pos de sus amigos fieles».

Pronto excitó la admiración y la curiosidad de todos. Corrió su historia de palco en palco, entre cuchicheos de abanicos y oblicuas miradas sonrientes. Pronto fueron presentados a Luz, en su palco, caballeros de la mejor nobleza británica, a los que Losada y Lees daban entrada en los entreactos y pronto los cantantes de la ópera se hicieron amigos de Luz y de su grupo singular. Tanto que enseguida vemos a alguno de los cantantes, hacerse concurrentes de la tertulia de Luz y Altamirano. Zorrilla señala³ a



Flavio, «el caballero del teatro y del mundo, y a Enriqueta Sontag, condesa y cantante. Ella no solamente al público se exhiben, sino que también los nobles les reciben en sus salones». Con ellos, la tertulia se enriquece con arias y dúos de ópera, además de aquellas canciones de los alemanes, los italianos, los franceses y los españoles.

John Lees, permitía a Luz acompañar al piano a Flavio y a Enriqueta, pero le prohibía terminantemente cantar. «El canto —decía— era para ella fruto prohibido.» Y le había dicho tajante: «Abandonar el canto o la existencia.» Y ella, con hartazgo de alma, jamás cantaba.

Un día que «en su cámara, Luz estaba sola», pues no habían llegado aún los contertulios, «abrióse de repente —anota Zorrilla—⁴ la mampara y Losada presentole a Moriani, el tenor que mejor muere en escena y cuya voz más hiere el alma». Retirado del teatro, Moriani conserva aún su voz espléndida. «Losada con paternal cariño cuida los caprichos de Luz» y uno era, el conocer y oír cantar a Moriani. Por eso Losada se lo trajo a su casa. Una mutua amistosa y limpia simpatía se produce entre Luz y Moriani. Hablan primero de viajes —Inglaterra, Francia, Italia—, después de música. En este punto Moriani «quiso un día sostener delante de ella su reputación de gran cantante. Se sienta Luz al piano y Moriani



canta «Lucía», ópera de su predilección. Luz se sintió arrebatada de entusiasmo. Luz y Moriani, en diálogo que Zorrilla reproduce ⁵:

—¿La señora no canta?

Y Luz, con tristeza:

—No puedo. El doctor me lo ha prohibido.

—Lástima; un dúo hubiéramos probado.

Luz, no consiguiendo frenar su emoción:

—Lo probaremos.

Losada, sentado en un sillón, se yergue, y enérgico:

—No, Luz. Os va a hacer mal. Por vuestra propia vida.

Luz, con dulzura suplicante:

—Una sola vez.

Losada:

—No.

—Sois muy tenaz.

—Soy española.

Ya en el piano, Luz comenzó a cantar «Lucrecia» con tal sentimiento, que Moriani, arrebatado por el genio de Donizzeti, dejó el dúo «con tal coraje y con tal brío que, vencido el prosaico Losada, se quedó con el alma embebida, sin ver que con la voz iba la vida.



«Luz atacó con fuerza su última nota. Tosió. Brotó la sangre de su boca y cayó sin sentido en brazos de Moriani y de Losada.»

Losada, aterrorizado, gritaba:

—La culpa es mía.

Arrancó con torpe nerviosismo los broches del vestido de Luz para hacerla respirar. Salta de su corsé la *repetición* que él le había regalado en su boda, y señalando con el dedo el reloj dijo:

—Es el mío.

«Y sintió de la superstición correr el frío.» Él había entregado aquel reloj como signo de ventura a Luz y los hados lo trocaron en desgracia.

Y cuando Losada, anonadado, «sin poder comprender lo que veía», era auxiliado por Moriani, se abre la puerta y entran en el salón Luis de Altamirano y el doctor Lees.

«¡Un grito! —dice Zorrilla— ambos lanzaron.» Y Luis, dando un paso adelante:

—Luz ha cantado y se ha suicidado.

—No —agrega Lees—. Muerta no; mas de la muerte sólo está a un paso. Llevémosla al lecho.

Comenta Zorrilla⁶: «Era el canto del *Fénix* que decide morir su fin cantando.»

Largos días de Luz en el lecho. Llega septiembre «ya empieza el cielo azul a aplomarse y empiezan a aglomerarse en él nubes oscuras». No empeora,



pero no mejora, Luz. Altamirano, siempre acompañado de Losada y John Lees, está desesperado; a veces desvaría y sus amigos temen por su posible demencia.



¹ Zorrilla en *Una repetición de Losada*, tras su larga *Disgresión loca de un poeta cuerdo*, intermedio de alta inspiración lírica (págs. 73-82) —como era usual hacer en los poemas narrativos románticos—, vuelve al hilo de la acción, presentándonos la vida social de Luz, Altamirano y Losada; la tertulia en casa de Altamirano, las veladas de la ópera; las nuevas amistades de los protagonistas, y cuanto aquí vamos transcribiendo.

² *Una repetición de Losada*, págs. 85 y sigs.

³ Idem págs. 89 y sigs.

⁴ Idem págs. 94 y sigs.

⁵ Idem págs. 94 y sigs., en las que Zorrilla introduce las patéticas conversaciones entre Losada, Luz y Moriani que reflejan la honda psicología de estos personajes.

⁶ *Una repetición de Losada*, pág. 98.



Capítulo IX

La enfermedad de Luz.—La repetición de Losada y las supersticiones de Luz.—Altamirano cuenta a Losada y Lees la Historia de las tres mujeres y la maldición de su madre.—¿Caerá la maldición sobre Luz?—Vendaval sobre la casa.—Escena de la muerte de Luz.—La locura de Altamirano ante Losada y el doctor Lees.—La repetición, obsequio de Losada a Luz se ha detenido en las siete, hora de la muerte de Luz y la locura de Altamirano.—La recoge Losada.

Luz mejora momentáneamente en estos días, ahora un poco radiantes de septiembres; sostiene largas conversaciones con Losada, su fiel acompañante, en las que es tema principal el deseo de Luz de volver a Cuba y la exaltación que ella hace de su isla dorada, y la evocación que va exponiendo a Losada de su vida toda. Y exaltándose, le dice:



—Venid conmigo, Losada; venid a tierra tan bella: las horas serán minutos en vuestro reloj...

Al oír citar a Luz su repetición, «Losada se puso pálido y la superstición tembló en él oyéndola contar su vida y relacionarla al funesto don de aquella repetición». Losada toma la repetición que le pone en su mano Luz. «La confronta con el reloj de su bolsillo y hallándola exacta con él dio un suspiro», y luego, «pretendiendo ahogar su angustia:»

—¿Marcha bien?

—Con los cronómetros, ni un minuto discrepa.

—¿Jamás le falta cuerda?

—Jamás. De noche, al cerrar el lecho, cuido de dársela yo.

Y agrega:

—Porque soy muy supersticiosa y, a veces, imagino que va unido mi destino a vuestra repetición. Por ella y por vos, es una prenda de la cual sólo haría ofrenda a mi marido y a Dios.

Y llegó el sombrío mes de octubre. Otro ataque de tos muy profundo ha acometido a Luz, dejándola transida y con los ojos cerrados.

Torvos, callados, se agrupan en el salón, en torno a un velador, Losada, John Lees y Altamirano. Y Zorrilla nos cuenta ¹ cómo Losada «tiene los ojos hundidos, fijos en tierra; Lees abre y cierra un libro



—¿de ciencia médica?—, y Luis tiene el semblante y los ojos desencajados, y los tres, distraídos, ni se miran ni se ven».

Altamirano lucha con «sus pensamientos perdidos». Por fin comienza a hablar como electrizado. ¿Para qué? para en un momento de sinceridad contar a sus amigos su terrible historia, que Zorrilla titula en su poema «Fin de tres mujeres»².

Les cuenta cómo su madre, víctima de los malos tratos de un esposo cruel, cae enferma de tisis. Muerto su padre, Luis, lejos de prodigar a su madre los cuidados que necesitaba, la abandona locamente enamorado de una mujer infame, Almerinda, con la que huyó a Nápoles, sacrificó su fortuna, mató en desafío y cayó enfermo, momento en que Almerinda le abandonó. Preso de la desilusión volvió al lado de madre, pero ésta había muerto y, en el momento de morir, había lanzado sobre su hijo una maldición referida a Almerinda que Zorrilla recoge así³:

«Permita Dios que esa infame
y cuantas mujeres ame
mueran como muero yo.»

Poco después muere Almerinda. Y ahora, consternado y enloquecido Altamirano con la maldición



materna, piensa que ésta también puede cumplirse con Luz.

Terminó don Luis su relato. Los ojos se le salían de las órbitas. Se levantó bruscamente dejando el velador y abrió de un golpe la ventana del salón y sacando el busto fuera aspiró con avidez el viento húmedo, que comenzó a adquirir caracteres de huracán.

Losada y Less, entre tanto, cuchichean:

—Doctor —dice Losada con nerviosismo a Lees—, ¿teme que tenga el juicio trastornado?

En aquel momento se embraveció el huracán. Al frío viento, violentísimo, «flotaban los cortinajes y volaban los papeles, y las llamaradas del gas en sus esferas de vidrio espiraban sofocadas y volvía a brotar. Dieron las siete —puntualiza Zorrilla— en las campanadas de una iglesia protestante, que se perdieron, ahogadas, al son del vendaval. Un ráfaga abrió, desencajando, la puerta del dormitorio donde Luz descansaba. La camarera y Losada se avalanzaron a cerrarla. Era tarde. La ráfaga helada mató la vela, envolvió el lecho y azotó el pecho de Luz. Sintió la enferma cortada su respiración y casi sin fuerzas lanzó un gemido».

Losada y Lees entraron a un golpe en el aposento, y tras ellos Luis «con una bujía en la mano». Tosía Luz con crispación tan violenta que por momentos



iba desfalleciendo mortal. Pasado el acceso, dijo con voz agonizante: *ese viento me ha muerto*, y su semblante sobre su pecho dobló. «Ya eras cadáver.» Don Luis, con cóncavo acento, dijo: «Le ha matado el viento y la ventana abrí yo.» Y abrazó a Luz, gimiendo enloquecido. Y Lees a Losada: «Si ahora le quitara el juicio, era el mayor beneficio que podía hacerle Dios.»

Del cuello del cadáver de Luz colgaba la repetición que le regaló Losada. Y éste, mirándola, vio con asombro cómo el reloj se había parado en el justo minuto en que había expirado Luz.

Y John Lees, meditabundo, a Losada:

—¿Quién acierta los juicios de Dios... Parada la repetición. Luz muerta y... mirad... loco don Luis.

Y así era en efecto, pues pasado el letargo en que Altamirano se sumergió se vio sumido en «insana insensatez. Le hablaron; no obtuvieron respuesta. Le pusieron ante Luz y la contempló con profunda estupidez».

Losada, espantado —narra Zorrilla—, su cuerpo paralizado por el terror, volvióse al médico:

—Y ahora, doctor, ¿qué hacemos?

Y éste, con la indiferencia del hombre de ciencia:

—Bien poco; darle al loco una jaula en Bedlam (el famoso manicomio británico) y a ella sepulcro en el panteón.



—¿Y a su hacienda? —dice Losada sobreponiendo su espíritu económico a su dolor.

—Administrarla vos por si el loco vuelve en su acuerdo, y de ella, como recuerdo, guardad la *repetición*⁴.

¹ *Una repetición de Losada*, págs. 111 y sigs. Capítulo «Fin de tres mujeres» en su apartado segundo.

² Idem. págs. 99 y sigs.

³ Idem.

⁴ Idem, págs. 109-113.



Capítulo X

Recóndito dolor de Losada.—Se encierra, taciturno, solo en su taller para construir una máquina misteriosa.—Inquietud de sus familiares.—Murmuraciones sobre Losada en la sociedad puritana de Londres.—Se inventan historias sobre él, Luz y Altamirano.—Sale Losada de su encierro, ahora alegre y satisfecho.—Muestra a Lees el gran reloj de mesa que ha construido e incrustado en él la repetición de Luz, pensando con ello devolver la razón al demente Altamirano.—Las siete en el reloj, con música fúnebre y la imitación del grito de agonía de Luz.—Pesadilla de Losada sobre el demente Altamirano.—Despertar angustioso.—Losada cuenta a Zorrilla su sueño para que de ello escriba una leyenda.

Llega Zorrilla a su capítulo VI de *Una repetición de Losada* y le titula «Las siete»¹. Siete, número



de cábala. A las siete murió Luz y en esa hora se detuvo la Repetición de Losada. Sombrío y meditabundo se halla éste sumergido en su mundo de supersticiones, a las que tanto contribuye a acrecentar su inmersión en la magia casi misteriosa —con tintes de brujería— del mundo de los relojes.

Sigue Zorrilla su narración:

«Cuando en su tumba Luz quedó enterrada,
cuando a Bedlam don Luis fue conducido,
y se volvió John Lees a su morada,
solo a la suya se volvió Losada
en el silencio y el dolor sumido.»

Son instantes los suyos de delirio propicios a hundirse en las tinieblas del sueño. ¿Es acaso por eso por lo que Zorrilla, a partir de este momento, en su poema nos va a presentar algo que no sabemos bien si es vivido o soñado? ².

Ha cambiado mucho José Rodríguez Losada. Entregado ahora al «recóndito dolor», se encerró en el camarín de su relojería (sin abrir el balcón que da a su tienda, como antes siempre lo hacía, para vigilar su negocio). ¿Vive o sueña todo esto Losada? Está sombrío. Se niega a recibir cartas, a conversar con los amigos y los compradores. ¿Se sigue reuniendo en su casa la «tertulia del habla española»?



No, porque los amigos han dejado de venir visto el encierro a que se ha sometido el relojero.

Encarga momentáneamente del negocio —«de su hacienda», dice Zorrilla— a un dependiente fiel. Él se enclaustra en su gabinetillo y en su taller, sin testigos. Y allí, solitario, se entrega en cuerpo y alma —nos lo va refiriendo Zorrilla—³ a un misterioso trabajo en cuya ardua labor «nadie le ayuda y le exige sin duda misterio, soledad, calma y reposo». (Sólo sale para comer, y cada día más pálido y más flaco parecía. Trabajaba de noche y de día. Se oían el son metálico del esmeril y el torniquete. ¿En qué trabaja tan afanosa y tan febrilmente Losada?)

«Las gentes de su casa están llenas de inquietud y en la alta noche, de puntillas, se acercan a escuchar junto a la escalera.» Un día contienen el aliento porque tras oír «cómo dentro un reloj daba las siete, su sonido se prolongaba en un tristísimo gemido, de voz ultraterrena». («¿Era el viento en la chimenea encañonado?») No. Era «un gemido lúgubre y profundo de un ser humano que se va del mundo, una voz de mujer que el mundo deja, la voz de un alma que se aleja»). La familia, desolada, le ve enflaquecer con miedo, y si le preguntaba qué tenía, respondía:

—No tengo nada —y, cabizbajo, al camerín volvía.



¿Y los amigos? ¿Y la puritana sociedad inglesa que Losada frecuentaba y que ahora no le ve ni en la ópera ni en las *soirées* ni paseando, ni siquiera en su tienda?

La sociedad murmura y *cotillea*. Las damas, en voz baja, entre pieles y perfumes, los ojos tras el abanico, y los caballeros en el club, entre humo de cigarrros habanos y temblor de luces de gas, comentan: «Se dice... se cree...» Algunos cuentan y hablan *mal* de Losada, dice Zorrilla⁴.

Saltan historias inventadas. Unos dicen que una bella habanera «fue por él robada en ausencia de su esposo al que luego Losada mató en un duelo, muriendo la infeliz envenenada». Otros, que la criolla estaba tísica y el marido loco, y de ello se aprovechó Losada para «apoderarse de su hacienda». Otros..., en fin... La murmuración era esparcida y la sociedad, «tomándole a vergüenza, hace de Losada pasto de calumnias —dice Zorrilla—. Mas la murmuración no sabe nada... quién dice la verdad es mi leyenda».

Y la leyenda que Zorrilla cuenta⁵ dice, que Losada «dejó al fin su gabinete más flaco que antes» aunque —subraya— «siempre fue flaco y Dios le hizo con cara de color algo cobrizo».

Pero salió de su encierro con «sereno semblante», sonriente. ¿Dónde dejó aquella taciturnidad, aquel sombrío dolor que le envolvió cuando se ence-



rró a solas en su taller? Era ahora, comenta Zorrilla⁶, como un hombre «con la conciencia tranquila», que ha realizado una obra importante que de él ha exigido «silencio y soledad» y de él había alejado el apetito y sueño y que, concluida, «con faz serena, tiene ya de satisfacción el alma llena». Y «volvió a su almacén a ver con calma si en su máquinas guardan sus relojes la misma rectitud que él en su alma».

Ya está Losada incorporado de nuevo a sus quehaceres. Ya desde su «gabinetillo, abierto el balcón a la relojería, ha tomado el timón de su industria».

A las cuatro en punto ha citado a John Lees para obsequiarle con una comida. Llega puntual el doctor. Le saluda muy sonriente Losada. Se sientan a comer en el gabinetillo. La comida fue simple, dice Zorrilla: «pulcritud, buen jerez, salmón de Escocia, buen rosbift, pan francés, marisco vario, café, azúcar y puros de La Habana, decoro inglés, franqueza castellana.»⁷

Es una delicia cómo Zorrilla cuenta la sobremesa de esta comida⁸. Mano a mano, Losada y John Lees, charlan larga y tendidamente. Dan las seis «y en plática sabrosa, con el tabaco y el café seguían». ¿Cuántos cigarros habanos han fumado los dos amigos? Se va haciendo de noche. En las tiendas «los dependientes iban y venían los criados del gas los



encendían». Parpadean deslumbrados los dos amigos iluminados a contraluz de las lámparas. Losada comienza a estar un poco inquieto; John Lees tranquilo:

—¿Tenéis prisa por irnos?, dice aquél.

Y Lees encogiéndose de hombros:

—No tengo que hacer nada.

Losada tranquilizado:

—Más tarde iremos a mi taller, pocos momentos antes de las *siete*.

Y Lees:

—Pues fumemos en tanto.

—Pues fumemos.

Y ambos amigos encendieron otro puro cruzándose en sus rostros la luz del fósforo y la «aromática esencia del humo».

Dan los relojes del gabinetillo «los tres cuartos de las siete».

—Cuando gustéis doctor, dice Losada.

Y ambos levantándose suben dirigiéndose al taller.

Y Zorrilla dice al lector⁹:

—Sígueme, yo te alumbro por delante.

Ya están arriba los dos amigos. «Sobre un aparador de palo rosa, mostró a John Lees Losada, una caja olorosa, la iluminó. Apretando un botón saltó la tapa» y John Lees que, «como inglés inmóvil no mostraba curiosidad alguna ni impaciencia», hizo una



exclamación de asombro, ante la filigrana de marfil que, en forma de catedral gótica, ante él apareció. Una fuente de agua pura fluía en su fachada «de una guirnalda de oro guarnecida»; y en la fuente de nácar embutido «el retrato de Luz, cuando en su fresca juventud florida en Cuba *luz* de los salones era». Y dentro del rosetón de la Catedral, se hallaba embutida «la cincelada repetición que para hacer la cuenta de sus horas de afán, dio a Luz, Losada».

Está absorto John Lees. Pero los acontecimientos se precipitan. Voltean con fúnebre son las campanitas de oro de aquella Catedral, van a dar las siete. Dentro del templo se oía resonar un órgano con «sordo de *profundis*». Cesó este sonido, se abrió la torre de marfil y salió la efigie de la muerte. El retrato de Luz, la fuente y el templo se fueron cubriendo con un velo negro. Aparece un cementerio con una sepultura y, al dar las siete en la *repetición*, del centro de ella, brota un gemido. Era la exacta reproducción lúgubre del gemido aquel, «que en su agonía había lanzado Luz y que Losada en su exacta memoria retenía».

—Prodigio —dijo el doctor—. ¿Cómo habéis hecho semejante invención?

—Ni yo mismo lo sé. ¿Pero creéis que si la ve don Luis le volverá el juicio? ¿Tenéis alguna esperanza?



Mueve John Lees la cabeza:

—Ni un resquicio. Mas lo hemos de intentar.

—¿Cuándo?

—Mañana.

«Apagaron el gas. El cuarto estrecho
dejaron a la luz de una bujía;
y absorto Lees, Losada satisfecho
se fueron el artífice a su lecho
Lees a ver los enfermos que tenía»¹⁰.

Lo que a partir de ahora sucede, ¿es efectivamente sueño o realidad? Para Zorrilla el poeta, es un sueño hecho poesía?

Está en su lecho Losada. ¿Profundamente dormido? ¿Sueña?

Es una horrible pesadilla lo que abate su inquieto dormir. En ella aparece la *Casa del Demente* de Londres llamada *Bedlan* que, cercada de jardines y arboleda, es como una alegre quinta de recreo, en «la que nada causa horror».

En ella entran John Lees y Losada. Éste lleva bajo el brazo la caja que encierra su reloj en forma de catedral gótica. Entre las sombras del sueño se oyen dar las seis y media en un reloj del amplio salón donde ahora están. «Es una tarde de diciembre helada». Don Luis de Altamirano se encuentra en un rincón sentado, como alelado y borroso «mirando sin saber



lo que miraba». No conoció a Losada ni al doctor Lees. Colocaron éstos frente a él en un velador la caja misteriosa. Al lado de ellos el director de Bedlam, prevenido, encendió una luz que iluminó la caja. Fue abierta ésta por Losada. La repetición, sobre la catedral de marfil, dio las siete. «Sonó el órgano del coro. La efigie de la muerte corrió el crespón de luto sobre el retrato de Luz.» Nada impresionó al demente que estuvo quieto como ausente y lejano.

Sonó de pronto el gemido de Luz agonizante. Brincó entonces, como electrizado, don Luis; cogió la caja «en cólera encendido» y diciendo a gritos: «miserable juglar, tú la mataste, muere por esa voz que la robaste», la arrojó «con las hercúleas fuerzas de un demente» en golpe mortal «contra el pecho de Losada que, desprevenido, cayó hacia atrás y con la frente bañada del sudor abrió los ojos».

«Miró en redor —dice Zorrilla—¹¹ y se encontró en el lecho... del sueño cuanto vio fueron antojos.»

Sacude los párpados Losada. Se levanta del lecho. Se enjuga el sudor:

—¡Válgame Dios qué cosa tan horrenda! menos mal que no fue más que pesadilla.

Y ya tranquilizándose:

—Mas tengo que contárselo a Zorrilla para que de ella escriba una leyenda.



Y Zorrilla, a comienzos del año de 1859 en La Habana, escribe su narración poemática, titulada *Una repetición de Losada* que, mezcla de realidad y fantasía, concluye así:

«Y Zorrilla en memoria de Losada
la leyenda escribió por él soñada»¹².

¹ *Una repetición de Losada*, págs. 134 y sigs.

² Id.

³ Id. En el largo cap. VI, parte 1.^a, pág. 134 y sigs. Zorrilla nos describe el cambio que se produce en Losada ensimismado en su encierro del gabinete; la construcción de una máquina misteriosa que le obsesiona; y, al concluirla, el nuevo cambio de su carácter hacia una alegría conmovedora, todo lo cual —¿sueño o realidad?— pretendemos reflejar aquí.

⁴ *Una repetición de Losada*, pág. 137 y sigs. donde Zorrilla nos pinta el breve cuadro de la sociedad puritana inglesa y sus murmuraciones en torno a Losada.

⁵ Id., pág. 139.

⁶ Id., pág. 139.

⁷ Id., pág. 140.

⁸ Id., págs. 140 y 141.

⁹ Id. págs. 141, 142 y sigs.

¹⁰ Id., pág. 149.

¹¹ Id., pág. 155.

¹² Id., pág. 556. En esta misma página Zorrilla fecha su poema: «Habana, febrero 3, 1859.»



Capítulo XI

Viaje de Losada a España en 1859.—La «Unión Liberal» en el poder.—La Puerta del Sol de Madrid.—Su reforma que —concluida— ahora contempla Losada.—El bullicio y la vida de la gran plaza, centro de España.—El edificio de Gobernación y el destartado reloj que lo corona.—Losada concibe la idea de regalar para allí un gran reloj que «dé la hora» a todos los españoles y conduzca con felices augurios la vida de España.—La leyenda y el signo de las estrellas.—Losada y el Maragato Cordero.

A finales de 1859 hizo realidad Losada aquella ilusión por él largamente acariciada: su viaje a España¹. Su mercado en España, Hispanoamérica y Filipinas, había crecido extraordinariamente no sólo en relojes de torre, de todos los tamaños, sino en «cajas de música» y «cajas de joyas».



¿Tuvo el pensamiento Losada de, como se ha dicho, «transplantar a España algunas secciones de su fábrica de Londres» para mejor atender el mercado hispano? ²; ¿o fue el motivo del viaje la nostalgia de su Patria y el empuje sentimental hacia los lugares de su infancia y juventud? Posiblemente fueron ambas cosas a la vez. Pero lo cierto es, que ya en España, desechada la idea de instalar aquí parte de su industria, al vislumbrar —con su perspicacia comercial— que ello no conduciría al mejoramiento del mercado español, quedó como motor único del viaje, visitar los lugares de sus raíces queridas y mostrar por todos los medios su gratitud a España por los honores y alto prestigio que en ella se le habían otorgado.

Bajo el reinado de Isabel II, casada con su primo Francisco de Asís, corre la etapa del Gobierno O'Donnell, la más larga y estable de la «Unión Liberal» en el poder (30 de junio de 1859 a 2 de marzo de 1863). ¿Fue este momento el elegido por Losada para su viaje, precisamente por sus simpatías liberales, y porque sus amigos regían el país y todo aquí, —visitas, tertulias, ambiente—, había de serle grato y entrañable?

Lo primero que visita en España, en los postremos días de 1859, es Madrid, de donde había salido perseguido y en huida en 1828.



¡Cuántos cambios desde entonces en la semblanza de la Villa y Corte, y cuántos en sus costumbres y modo de vida! Cambios que adquieren para Losada su punto álgido en la Puerta del Sol, centro neurológico de Madrid «rompeolas de todas las Españas».

Imaginamos a Losada en Madrid, contemplando absorto la Puerta del Sol para él tan querida. Todo aquí se ha trastocado desde los días en que el Superintendente Zorrilla puso a precio su cabeza (1828).

Nueva, novísima, no es la Puerta del Sol, el sórdido lugar de aquel tiempo. Se ha llevado a cabo la reforma de esta plaza, con la que se sienten identificados todos los españoles.

¿A dónde se ha ido la fuente «Mariblanca» hoy sustituida por ese gran surtidor de 30 metros de altura y 14 de diámetro que hizo que don Manuel Fernández y González, nuestro folletinista romántico, la declarara «un río de pie»?; ¿a dónde el templo del «Buen Suceso» que unía la calle de Alcalá con la Carrera de San Jerónimo? Ha venido a tierra la «Casa de los Niños Expósitos» que estaba entre Preciados y Carmen, y con ella, todas las casas sombrías que existían entre Preciados, Callejón de la Zarza y Copeiros. Ha desaparecido la manzana completa, que maloliente y oscura, se tendía entre las calles Mayor y Arenal. Don Juan Manuel Manzanedo, el millonario constructor, había comprado los solares resul-



tantes de los derribos y levantado las casas nuevas, uniformes, en ese semicírculo «que gira desde la calle Mayor a la Carrera de San Jerónimo», y a cuyo entorno los castizos madrileños llaman el «Patio de Manzanedo».

En los bajos de estas nuevas casas se han instalado, según cuenta Espina Capó, tres cafés decorados en «blanco y oro»: el «Oriental», el «Universal» y el «Imperial», éste último «centro de los toreros» de aquella época al que se trasladaron desde el café «La Iberia». Se han abierto algunos almacenes, casas de fotografías, como la de Alonso Martínez, hermano del que fue Ministro, y dos hoteles, el de «París», y el de «La Paz» ambos con vida próspera. En las plantas bajas de los edificios multitud de comercios se muestran todos «al estilo de París». Queda en pie el «Ministerio de la Gobernación» —obra noble del siglo XVII— y a su derecha se está alzando una casa de proporciones enormes, donde, en su día, estuvieron las «Gradas de San Felipe» y a las que ya la gente llama la «Casa del Maragato Cordero», edificio el más grande de Madrid³.

Edmundo de Amicis, en su *Viaje por España*, hace así una colorida descripción de la Puerta del Sol por estas calendas: «La Puerta del Sol es a la vez un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde



que apunta el día, hasta después de medianoche, hay allí una turba inmóvil y una muchedumbre que va y viene por las diez grandes calles que a la plaza afluyen, con tal movimiento de coches que aturde y marea.»

«Allí se encuentran los negociantes, los demagogos desocupados, los empleados cesantes, los viejos rentistas, los jóvenes elegantes; allí se trafica, se habla de política, se hace el amor, se leen los diarios, se pasea, se caza a los deudores, se buscan amigos, se preparan las manifestaciones contra el Ministerio, se inventan las noticias falsas que dan la vuelta a España y se comenta la crónica escandalosa de la ciudad.»

«Por las aceras, que son tan anchas que podrían pasar por ellas cuatro coches de frente, es necesario abrirse paso a lá fuerza. En el espacio que abarca una losa veréis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un corredor, un pobre, un soldado, todos formando un haz. Y pasan grupos de escolares, de criadas, generales, ministros, gente del pueblo, toreros, damas; pobres vergonzantes que os piden limosna al oído para que nadie los vea; “celestinas” que os miran con ojos maliciosos; sombreros que saludan, sonrisas, apretones de manos, frases alegres, voces de “¡fuera!” a los mozos de cuerda o a los taberneros que atropellan con el barril a cuestras;



gritos de vendedores de periódicos, o de aguadores; campanileo de diligencias; toses de viejos, ruidos de sables, punteos de guitarra y cantares de ciego.»

«Una hora pasada allí basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, al pueblo de Madrid»⁴.

Todo lo contempla asombrado José Rodríguez Losada.

Largo el proceso de la consecución de esta plaza singular, que es la brújula de Madrid, Ley de 21 de junio de 1855 declarando las obras de utilidad pública; dictámenes de la Real Academia de San Fernando de 6 de octubre del mismo año y 16 de enero de 1856; la constitución de una Comisión Especial para tratar el caso; Real Decreto de 26 de mayo de 1856; y, por fin, la iniciación de las obras, al subir a la Alcaldía el Duque de Sexto y su conclusión; y este pulso de vida que hoy a finales de 1859 marca, como un corazón lleno de pulsaciones, la realidad de España.

Pero de todo lo que aquí contempla Losada, su mirada se fija, con obsesiva insistencia, en el edificio del Ministerio de la Gobernación. ¿Qué tiene aquel punto de especial para la curiosidad de Losada? Fundamentalmente una cosa: el reloj que corona el edificio con su torreta. Funciona mal —le dicen— este reloj. Es el segundo de los que aquí se han colocado y ya el primero hubo de retirarse por



anticuado. Y de éste segundo —visto su mal funcionamiento— la Administración del «Real Establecimiento del Buen Suceso» «solicita ahora la devolución de las campanas que cedió en depósito en 1855, para acoplarlas al reloj que piensa instalar en el templo que construye en la Montaña del Príncipe Pío»⁵.

Losada piensa largamente frente al edificio de la Gobernación: ¡Qué gran lugar para que se alzara, no ya éste destartado reloj que ahora existe, sino otro, lo más perfecto que pudiera componer la relojería moderna, y que, desde este Madrid, clave de todas las Españas, desde esta Plaza timón de la nave española, marcara, sin desviarse un segundo, las horas de España siguiendo con perfecta exactitud el ritmo horario de su destino!

Pero además, como un día dirá en verso Zorrilla, si Losada al regalar a sus amigos algún cronómetro, lo hace con la fórmula tantas veces repetidas de «plegue a Dios que los momentos que esa máquina te cuente, no marquen perpetuamente más que placer para ti»⁶; y si «ventura sin cuento» desea él —Losada— para España ¿qué mejor momento de mostrarlo y hacerlo saber, que colocando aquí, en este exacto lugar —su epicentro—, un gran cronómetro que cuente sus horas para toda la geografía y todas las almas de España con una carga de felices augu-



rios? Y, con ello, una firme decisión: él personalmente construirá ese reloj y lo regalará a España para que sea colocado allí. Con esto cumplirá además otro deseo: el de corresponder, de alguna manera, a tantos honores que de su Patria ha recibido y a tantos prestigio como le ha creado su mercado español para lo que estima obsequios menores los que hasta ahora ha ofrendado a la Marina española.

Este será su gran obsequio a España: el Reloj de la Puerta del Sol, cuyo sonido llegue a todos los españoles. ¡Cómo iba a pensar Losada que, pasados los años, con ese sonido, en alas de las ondas sonoras, llegando a todos los españoles a través de la radio y la televisión se iba a hacer realidad éste su deseo de 1859?

Y ahora viene la leyenda. Esa leyenda que nos dice que, supersticioso Losada, construía, como ya hemos indicado, los relojes de sus obsequios bajo el signo de las estrellas, que él creía de ventura para el obsequiado, según su signo del zodiaco; y que así fue como estudió y descubrió cual era el signo estelar favorable para España, y así, bajo ese signo construyó el «Reloj de la Puerta del Sol» y obtuvo para él tan singular exactitud.

Permitidme que imaginemos a Losada en esta Puerta del Sol de 1859, guiado por alguien paisano suyo, que goza fama de urbanismo de aquel tiempo,



don Santiago Alonso Cordero, conocido como ya le hemos aludido, por el «Maragato Cordero», «risueño, frescote, con cara de Obispo», según lo definió Galdós. Personaje singular este maragato Cordero, progresista y liberal como Losada, nacido en Santiagomillas, pueblo maragato cercano a Astorga, no lejos de Iruela (el pueblo cabreidés de Losada). Diputado a Cortes por Astorga, en las Constituyentes de 1846 a 1856, asistente asiduo a las comidas del Regente Espartero siempre vestido a la usanza maragata, según también nos descubrió Galdós⁷, era a la sazón, Presidente de la Diputación de Madrid y tenía ya casi concluida su gran casa de la Puerta del Sol, antiguo solar de las «Gradas de San Felipe» del que, si es leyenda que se le adjudicó en pago del premio gordo de la lotería que le había tocado —ya que el Fisco no tenía fondos para pagárselo en numerario—, es realidad, según el propio Galdós, que Cordero fue, en una de las comidas del Regente, quien propuso la reforma de la Puerta del Sol y lo es que ahora, con la reforma y hecha y su casa en marcha, está feliz como rapaz con zapatos nuevos.

Es tradición por la tierra de Astorga, que Cordero y Losada fueron amigos. ¿Quizá en su exilio el primero (allá en época absolutista), asistió vestido con bragas maragatas a la «Tertulia del Habla Espa-



ñola» de Losada en Londres? En cualquier caso, enamorado Cordero de la nueva Puerta del Sol y embebido Losada de este mismo amor que como un flechazo le acometió ahora al visitarla renovada; gran aficionado al urbanismo Cordero, no resultaría descabellado pensar que el gran conversador como también lo era Losada, hiciera saber a éste la gran especulación y aumento del valor de los terrenos de aquel lugar, que se cotizaban ya a la hora del ensanche, de 400 a 500 reales.

¹ Luis Montañés, *Relojes españoles*. Editorial Prensa Español, Madrid, 1968, pág. 139 y Matías Rodríguez, *Historia de la Muy Noble Leal y Benemérita Ciudad de Astorga*, 1909, pág. 689.

² Luis Montañés, id.

³ *Biografía de la Puerta del Sol*, Francisco Mata y José Luis Fernández Rúa. Editorial Colenda, Madrid, 1951, pág. 205 y sigs.

⁴ Id. págs. 230 y 231.

⁵ *Anales del Instituto de Estudio Madrileños*, Eloy Benito Ruano, Madrid, 1971, pág. 448.

⁶ *Una repetición de Losada*, J. Zorrilla, pág. citadas.

⁷ *Episodios Nacionales*, Los Ayacuchos, 1906, pág. 212.



Capítulo XII

Visitas de Losada en Madrid.—Sus amigos, Zorrilla y Prim. El primero está en Cuba, publicando por entregas Una repetición de Losada, y el segundo en la guerra de África.—Victoria de Tetuán.—Losada contempla la gran manifestación de la Puerta del Sol.—Reitera su idea de hacer aquí el gran reloj que encauce la anárquica vida de España.—Las tertulias del Madrid de 1859.

José Rodríguez Losada en Madrid —hombre meticulosamente cortés a la británica— hubo indudablemente de realizar múltiples visitas de cortesía y gratitud.

La primera, cómo no, a los altos dignatarios del Ministerio de Marina. Pensamos en el General Armero, al que había dirigido aquella carta, ya aludida, en que le anunciaba, que, aparte de otros obsequios a la Marina, remitiría «un cronómetro especial que



estaba construyendo, cuya esfera tendría 12 de diámetro y 4,5 la de los segundos»:

¿Trajo Losada consigo ya este reloj a España, para entregárselo, en mano, a Armero, es decir, a la Marina española, él que era, desde 1856 «relojero y cronometrista honorario de la Marina»?

Siente profundamente Losada que dos de sus grandes amigos españoles —quizá los mejores— en estos meses últimos de 1859, no se encuentren en Madrid: el General Prim, tan animador, en el exilio londinense, de la «Tertulia del Habla Española», y el poeta Zorrilla, con el tantos vínculos de fraternal amistad le ligaban.

Zorrilla está en América. Tras infinitos avatares económicos, producto de su natural desordenado, fue llamado por el Emperador Maximiliano de Méjico —aquél fusilado más tarde por las tropas de Juárez— para hacerle algo así como poeta oficial de la Corte y Director del Teatro Nacional mejicano. Desde Méjico, en octubre de 1858, empujado por su amigo Cagigas, residente en Cuba, se había trasladado a La Habana «sin saber realmente a lo que iba» y en La Habana pasó varios años colaborando en el *Diario de la Marina* mediante un sueldo de «3.000 duros al año». Allí, entre comidas con el Capitán General, recepciones nocturnas, palcos en el teatro, deliciosos paseos, e intervención en algunos



Juegos Florales, comenzó a escribir¹ un nuevo libro titulado *La flor de los recuerdos*, dedicado a Cuba. El poema más importante de esta obra, que lleva la fecha de 1859, es *Una repetición de Losada* al que reiteradamente hemos aludido y en el que, entre cánticos a la adorable isla de Cuba, cuenta la historia aquella, protagonizada por Losada, del demente Altamirano y de su esposa Luz. ¡Curiosa coincidencia del destino! Mientras Losada en Madrid (1859) siente verdadera pena al no hallar aquí a Zorrilla, éste en Cuba, pensando en Losada, le ha hecho protagonista de su largo poema; cuenta en verso su vida; y ahonda en el alma de «su mejor amigo». ¿Qué hilo misterioso puso en comunicación, sobre los mares, a Zorrilla en Cuba con Losada en Madrid? No encontró Losada a Zorrilla en la Corte de España, pero en estos días de 1859, pensamos, que están más juntos que nunca en la distancia, fuera ambos de las nieblas londinenses y los dos bajo el sol de las Españas.

Terminado el poema sobre Losada en La Habana y publicado allí por entregas y luego en volumen (en el propio año de 1859), Zorrilla se halla de nuevo en Méjico en los comienzos de 1864 y es en 13 de julio de 1866, cuando, ya al dejar Méjico y camino de España, antes de hacerse a la mar en Veracruz, envía



al Emperador Maximiliano un telegrama en verso que decía así:

«Ya me espera el bajel; a otro hemisferio
antes que el mar azul camino me abra,
sé que os debo al salir de vuestro Imperio
mi último adiós y mi postrer palabra.»

Cuando Zorrilla, pues, llega a España, ya Losada ha vuelto a Londres, donde recibe, enviado por el poeta, un ejemplar de *Una repetición de Losada*, Edición Habana, 1859, ejemplar que Losada, con emocionada ternura, colocará, como un tesoro, bajo la almohada de su lecho donde le acompañará hasta su muerte ².

En cuanto al General Prim, reintegrado a España en esta etapa de la «Unión Liberal» en el poder, se halla ahora en África, porque allí, desde el 22 de octubre de 1859, en que España al haber escarnecido los marroquíes nuestro escudo, declaró la guerra al Sultán, forma parte del ejército de O'Donnell mandando una división de reserva. Y es el héroe de Castillejos, en cuya batalla, viéndose en peligro y tomando la bandera de España, y arrastrando a los soldados en su arenga, había irrumpido en las filas enemigas, que fueron así derrotadas para, luego, llegar hasta el valle de Tetuán cuya ciudad por fin es ocupada por los españoles el día 6 de febrero de 1860.



Al siguiente día 7 de febrero, del mismo año, cuentan los cronistas de la época, cómo Madrid es una ola de euforia inmensa. «La gente ríe, se abraza, canta himnos patrióticos y se convida —¡ojo con declinar la invitación!— a beber una copa, a rubricar un brindis»³. Salió a la calle la *Gaceta del Exterior* y, en una hora, vendió 20.000 ejemplares. «La Puerta del Sol —dice un cronista— ofrecía un aspecto imponente⁴, fantástico. Espontáneamente se exhortaron los balcones con colgaduras. Se improvisó más de un orador, cuyas rimbombantes frases eran acogidas con grandes aplausos; aunque la verdad es que, ante tal barullo, nadie entendía nada. Los militares eran aplaudidos en plena calle. Gentes desconocidas se abrazaban, gozosas, como viejos amigos. Los cañones han lanzado al aire sus salvas para festejar tan feliz nueva. Se han cerrado los comercios y las oficinas. Corrían lágrimas de gozo y se exhalaban de labios de todos fervientes bendiciones y aclamaciones de entusiasmo.»

«En el Ministerio de la Gobernación, don José Posada Herrera, que regentaba la Cartera, al enterarse de que en los patios y escaleras había gran número de españoles, mandó abrir las puertas de su despacho, y entre apretones de manos, palmaditas en la espalda y frases cordiales, mostraba a todos



los telegramas oficiales notificando la victoria de nuestras armas.»

La manifestación formada ante el Ministerio, en la Puerta del Sol, se dirige a Palacio. Allí Isabel II, desde el balcón central del regio Alcázar, saludó llorando, emocionada, a los miles y miles de madrileños que le reiteraban su adhesión.»

«Un traficante de vinos que vive en la calle de Toledo sacó cuatro grandes pellejos a la puerta de la casa para obsequiar a los traseuntes —dice un periódico de la época—. Otro habitante del propio distrito arrojaba monedas de cobre y de plata desde los balcones de su domicilio.»

«Por la noche hubo banquetes a tutiplén. Rebosaban los cafés de la Puerta del Sol. Se entonaron canciones a coro.»

Losada, hecho durante muchos años a las frías reacciones británicas, está asombrado, estupefacto, pero sintiendo cómo su raíz española se le llenaba de una fiebre muy honda. Desde el Hotel París, en la propia Puerta del Sol, donde según todos los indicios se hospedaba, contemplaba en silencio el sonoro palpar humano de la nueva Plaza, llena de muchedumbre donde al anochecer se encienden las farolas de gas y el bullicio sigue estrepitoso.

—Sí —hubo seguramente de pensar Losada—. Aquí elevará el reloj que ha de regular las horas de



España, para que dé ritmo a la realidad horaria y encauce, así, a esta loca muchedumbre enfebrecida que tanto necesita ser encauzada, y conducidas sus energías vitales, no en anárquico desorden, sino ordenadamente, en bien del país.

Aquella noche, en la casa del Marqués de Molins —famoso versificador cortesano del momento— se celebra una reunión literaria, a la que todos los poetas de fama acuden recitando sus poemas en loa de la victoria española de Tetuán.

Parte de ellos fueron incorporados al libro titulado *El Romancero de la Guerra de África* presentado por el Marqués de Molins a la Reina y publicado a sus expensas en 1860⁵.

Porque son días los que corren, de múltiples tertulias literarias en Madrid. Es cierto que la ola de romanticismo, que tuvo su período álgido en la década de 1840, ha dejado paso a un momento de transición en la vida literaria y social de España.

Ha desaparecido, es cierto, la famosísima tertulia de «El Liceo» —donde un día se produjo la exaltación de Zorrilla tras el entierro de Larra—, pero sigue viva la actividad del «Ateneo» que, luego de la revolución de 1854 y por estas calendas de la estancia de Losada en Madrid, con inclinación progresista y radical, ha abierto paso en sus tribunas a los conciliábulos y mentideros del Krausismo y a los



otros de filosofías alemanas, al librecambismo, al positivismo, y en sus salones acaba de explicar Castejar un curso sobre «Historia de la civilización en los primeros signos del Cristianismo». Y cierto, también, que junto a ello, un enjambre de tertulias en casas particulares pueblan la vida madrileña, como la del Duque de Rivas en sus salones de la calle Concepción Jerónima, famosa por la amenidad y cordialidad del trato del Duque; la del Marqués de Molins, que se celebraba los miércoles; la de Miguel de Heredia de cuya sesión se levantaba acta; las de Escosura, Fernández-Guerra, Nocedal, etc. ⁶.

Y ahora otro interrogante: ¿entre las múltiples visitas de Losada a Madrid, no podía inscribirse una audiencia con la augusta Majestad de Isabel II? Pensamos que era obligado que Losada pidiera esta audiencia y que la Reina se la concediera ya que, desde 1858, se hallaba nuestros relojero, como hemos reseñado, en posesión de la «Encomienda de Número de Isabel La Católica» y del honrosísimo título de «Cronometrista y Relojero de Cámara de sus SS.MM. y Real Familia» con uso de armas reales, todo concedido por Isabel II, a la que indudablemente Losada desearía mostrar —él, que hizo de la gratitud un culto— personalmente la suya y es obvio pensar que la Reina, tan humana y tan castiza, le concedería esa audiencia real.



Desde Madrid, y sin esperar el gran «desfile de la victoria de Tetuán» que hizo hervir de nuevo el patriotismo de muchedumbres en la Puerta del Sol y que se produjo el 12 de mayo de 1860, Losada —pues eran muchos los meses que se hallaba fuera de Londres— tomó las postas de Galicia camino de Astorga, ya que era ferviente su deseo de visitar el pueblo de su nacimiento, Iruela.

¹ Narciso Alonso Cortés, *Zorrilla su vida y sus obras*, Editorial Santarem, Valladolid, 1943, págs. 530 y sigs.; y *Una repetición de Losada*, tantas veces citada.

² Luis Montañés, *Museo Español de Antigüedades*, 1964, pág. 149.

³ Francisco Mota y José Luis Fernández Rua, *Biografía de la Puerta del Sol*, ya citada, págs. 210 y sigs.

⁴ Id, págs. 112 y 113.

⁵ *Romancero de la Guerra de África*, presentado a la Reina Isabel II y su augusto esposo, por el Marqués de Molins, publicado por Orden y a expensas de SS.MM. Imprenta Rivadeneyra, Madrid, 1860.

⁶ Sobre las tertulias y otras reuniones literarias que en Madrid hervían en esta época, véase A. Salcedo Ruiz, *La Literatura Española*, Tomo 4.º, Madrid, 1927, cap. VII, págs. 202 y sigs., donde se recogen exhaustivos testimonios del tema en el momento en que Losada visita Madrid.



Capítulo XIII

Losada en Astorga.—El reloj de los Maragatos del Ayuntamiento y el astrológico de la Catedral.—Su accidentado viaje de Astorga a Iruela.—El pueblo de Iruela y la casa de los Losada.—Sus regalos a la Iglesia de Iruela.—Enfermedad y muerte del sobrino de Losada que éste quería llevar consigo a Londres.— Deja el pueblo llevándose a Inglaterra a sus otros sobrinos, José y Miguel para que le sucedan en la Relojería.

En los primeros meses —¿marzo, abril?— de 1860 Losada «sintiendo en su vejez —dice Matías Rodríguez— más que nunca la nostalgia, quiso visitar y proteger al pueblo de su nacimiento», y para ello se trasladó, como se ha indicado, de Madrid a Astorga. Cuenta a la sazón Losada 63 años. ¿Puede hablarse de vejez a tal edad? En aquel tiempo indudablemente, sí.



En Astorga es su acompañante don Matías Rodríguez —maestro de Instrucción Primaria— que, investigador apasionado de la historia local, prepara, en aquel momento, con toda meticulosidad, su *Historia de la Muy Noble Leal y Benemérita ciudad de Astorga* que ha de aparecer años después, 1873, editada por la tradicional «Imprenta de López» y que será la superación de aquella otra *Historia de la ciudad de Astorga* publicada en 1842 por el astorgano don Inocencio Iglesias en Valladolid, y a su vez antecedente de la edición monumental de la *Historia de Astorga* del propio don Matías en 1909.

Con este singular acompañante se sumerge por unos días Losada en el ambiente mágico de la ciudad de Astorga; en el silencio de sus calles retumbantes de campanas, y rodeadas de murallas aupada en torres frente al Teleno —la montaña sagrada de los Astures—, coronado de nieve y esmaltado de águilas, en cuya falda se cobija el pueblecito natal de Losada, Iruela.

¿Conocía Losada de antes la pequeña ciudad de Astorga? Es muy probable que no, pues su huida de Iruela casi niño, y deslizada su vida en Madrid y después en Londres, nada hace sospechar algún viaje suyo anterior a Astorga.

«Herbosa, yerma y callada» la ciudad en frase famosa de Cuadrado. Aún late sobre ella el eco apa-



gado del rebullicio que la conmovió, arrebatándola, con el viaje y la detención durante varios días en sus muros, de la Reina Isabel II y su largo cortejo que, en verano de 1858, llenó el ámbito de recepciones, danzas populares —¡aquellos maragatos de la zona de Astorga que tanto impresionaron a la Reina!— veladas literarias y actos litúrgicos y callejeros entre los que destacaron los cronistas el «Proyecto del monumento a las Glorias Astorganas», los 4.000 vasos con luces que ornaban el edificio barroco del Ayuntamiento, el sermón en Santa Marta del Padre Claret, confesor de la Reina —cuya grandilocuencia causó sensación—, y los himnos y vales coreados dedicados a la Reina y los sonetos de la grey estudiantil en las aulas del Seminario¹.

Y aquella esplendidez del maragato Cordero que no sólo había detenido los viajes de sus postas para poner sus vehículos al servicio de la Reina, sino que quiso que ésta se hospedara en su casa-palacio de Santiagomillas, que recientemente había construido, y para forzarla a que le hiciese tal honor, le había dicho:

—Majestad, colocaré en su habitación un pavimento de onzas de oro.

A lo que contestó con zumba la Reina:

—No ves, Santiago, que si colocas las onzas por



el haz pisaréis mi real efigie, y si por el envés, el escudo de España.

A lo que es fama que Cordero replicó rápido:
—Majestad, las colocaré de canto.

Naturalmente ni la Reina se hospedó en Santiagomillas, sino en Astorga en la Casa blasonada de los Moreno, cercana a la Catedral, ni Cordero enlosó de onzas ninguna estancia de su mansión.

Todo lo va explicando don Matías a Losada. ¿Les acompaña acaso don Modesto Lafuente, Diputado a Cortes progresista por Astorga en 1857 a 1866 y que, aparte de haber publicado su *Fray Gerundio* en León, explicó Teología y Filosofía en el Seminario de Astorga?

Anda por las calles astorganas observándolo todo José Rodríguez Losada. La sede episcopal es regida por Fernando Argüelles Miranda, gran cerebro leonés, y desde 1852 en la imprenta Gullón —es el arte de la imprenta tradicional en Astorga— se publica el *Boletín Eclesiástico del Obispado*, que, con sus noticias y artículos, no sólo eclesiásticos, sino generales, se ha hecho el periódico de todos los astorganos y separeará, no tardando, con otro periódico no clerical sino juvenil (1870) titulado *El Maragato*².



Al correr las calles de la ciudad se nota un enorme aroma de chocolate que envuelve el ámbito, el mismo que algún tiempo después (1862) percibirían aquí con sorpresa el Barón de Davilier y Gustavo Doré reflejado en aquel famoso libro del primero sobre su *Viaje por España*³ y que era debido a que cada familia astorgana fabricar el chocolate para su gasto, lo que hizo que aquellos viajeros proclamaran a Astorga «Capital del chocolate» porque cada casa era una fábrica del mismo.

¿Qué impresiona más a Losada de Astorga? ¿Los rincones aquellos del entorno de la Catedral sobre los que se alzan, fulgurantes, rosadas y barrocas, sus torres junto al «Camino de Santiago» que por allí pasa, al lado del misterioso calabozo de las Emparedadas? ¿La estatua de Pedro Mato, maragato simbólico que, alzado en el ábside, tiene en su sombrero el nido de las cigüeñas, que en frase de Otero Pedrayo⁴ «proyecta su sombra, esquema de elegancias y lentitudes labriegas que tiembla sobre las losas de la Catedral?». ¿El Castillo-palacio del Marqués que alza sus mutiladas elegancias renacientes sobre las murallas romanas y románicas? ¿El Parque de la Sinagoga —recién construido— sobre otro ángulo de las murallas que cobija empotradas en sus paredes multitud de lápidas romanas que nos hablan de la grandeza de Astúrica en tiempos del Imperio?



Indudablemente, para nosotros, lo que más hubo de impresionar a Losada, son los dos relojes de torre astorganos de singularísima traza: el que se yergue en la fachada del Consistorio entre sus dos torres barrocas, para que, sobre la gran campana, den las horas, mazo en mano, dos grandes muñecos simbólicos «El Maragato y la Maragata» que rigen así el ritmo de la ciudad y que ellos, sonoros, son con Pedro Mato —silencioso— los que hacen de Astorga la única ciudad en España identificada —como tantas de Europa— por el diálogo de unos muñecos en la altura; y el otro reloj, el astrológico de la Catedral con su esfera estelar y los cuartos de la luna y las fases del sol...

Imaginamos a Losada, absorto ante los relojes que hablan de tantas cosas a su genialidad de cronometrista:

—¿Quién los construyó y cuándo?

—Ambos el mismo personaje, un herrero de Astorga metido a relojero por intuición en los días de 1800.

Y ya en el atrio de la Catedral, otra sorpresa con el reloj de sol a la altura del primer piso de la torre. ¿No es sorprendente este pareo de los relojes mecánicos con el reloj del sol, como si éste fuera el control de la naturaleza sobre los otros relojes que la mecánica inventó?



Y desde Astorga, Losada emprende el camino de Iruela. Dice don Matías Rodríguez: «Acomtumbado a las comodidades de la vida inglesa, sufrió varias molestias en su viaje, ya que por falta de caminos carreteros par llegar a Iruela, hubo de hacer la travesía a caballo»⁶.

Hemos de sentar, según es tradición oral en Astorga, que los sobrinos de Losada, residentes en Iruela, José y Miguel Rodríguez del Riego, vinieron de Iruela a Astorga en sus caballerías —mulas y caballos— para acompañar hasta el pueblo, a su famoso tío.

Son tres los sobrinos de Losada —mozos a la sazón— hijos de un hermano suyo ya fallecido que viven con su madre en Iruela. ¿Cómo de ellos sólo dos han venido a esperarle a Astorga, ya que es precisamente este tercero en el que ha pensado Losada para llevárselo con él a Londres e introducirlo en su negocio, pues por no tener hijos, Losada, su idea era que le sustituyera este sobrino suyo.

—Está enfermo el hermano —le dicen sus otros sobrinos—. Por eso no ha venido.

—¿Algo de cuidado? —inquire inquieto Losada.

—Está en cama con mucha fiebre, pero el médico dice que es una enfermedad pasajera.

Tuerce el gesto Losada como si súbitamente le hubiera invadido alguna nefasta premonición.



Hemos de apoyarnos, aquí, para responder a la realidad, en el espíritu de la descripción de una travesía en parecidas circunstancias que desde Astorga a uno de los pueblecitos de La Cabrera incluye José Aragón Escacena en su novela *Entre Brumas*⁷.

A caballo de una mula —más cómoda cabalgadura que ninguna otra para la montaña—, desafiando un viento frío entre la finísima transparencia de una atmósfera que al fondo y a lo alto diseñaba la silueta azul y cónica del Teleno con sus trozos de nieve en blanco refulgente de sol invernal, cabalgan los viajeros dejando atrás Astorga «último eslabón de la civilización» y cruzando la estepa maragata de pueblos en silencio cuya riqueza constructiva de doradas piedras —hija de la rica Arriería a la que está dedicada la diáspora de los maragatos— y que contrastan con la pobreza de las tierras que la rodean, se adentran ahora pisando un paisaje desolado de onduladas y estériles tierras que luego son pizarreles oscuros, para más tarde abrirse en bosques de robles, ensombrecidos por el húmedo musgo salteados «de humildes aldeas grises» que son una nota de pálido color resaltando del oscuro valle. Es aún invierno en esta tierra de frías y secas heladas y aún no se presente la primavera en este marzo ventoso al que, según el adagio popular, seguirá de un abril lluvioso, para sacar a mayo florido y hermoso. Va quedando el Te-



leno a la derecha. Ahora, «un círculo de ásperas crestas, de irregulares picachos se esfuman en la distancia como esos pueblecitos que ahora en el valle, escondidos entre bosques de esqueléticos árboles se cruzan por un impetuoso y pequeño río que se pierde en graciosos recodos orlando de argentina franja la falda de los montes».

Se detienen los viajeros, porque, fatigado Losada, envuelto en su capote de viaje, encasquetada su gorra inglesa, lucha con el viento que le azota, con un frío agudo, casi doloroso al que no logra paliar un sol refulgente, pero infiltrado de las frialdades del ámbito.

Han de hacer alto los viajeros para el descanso, para el trago de bebida fortificante. Tras cinco horas de camino, llegan los viajeros a la alta planicie del pueblo de Truchas, tachonada de altozanos, de *motas* una de las cuales, la más alta, se corona con una roca casquete oscuro que parece hecho para que sobre él, se yerga el castillo que en bellísima perspectiva otea el ámbito. Un esfuerzo más, y, tras cruzar el río Eria que afluye a la cuenca del Duero (a contra mano de los ríos de La Cabrera Baja y de la laguna de La Baña) he aquí el pueblo de Iruela.

Conjunto de casas de piedra, más bien de pizarra oscura, con techumbre, unas de paja —«pallozas», ennegrecidas por los elementos— y otras de pizarra,



donde ha crecido la hierba y la flor silvestre, con grandes y volantes aleros, y más que ordenadas en calles, *posadas* sobre la orografía montañosa y las ondulaciones de la peña que sirve a la mayor parte de cimiento.

Descabalgan los viajeros y con gran fatiga ¿en qué casa se ha de aposentar? No en aquella posada que ostenta en su fachada una lápida que la señala como lugar de parada de los viajeros en su paso por aquí, pues aunque parezca inverosímil por su aparente aislamiento, está Iruela en una de las rutas de Castilla al Bierzo. Se aposentará en casa de sus sobrinos y su cuñada, que es amplia aunque típica de las construcciones de La Cabrera leonesa, como corresponde a una familia hidalga que si bien «venida a menos», aún conserva fincas de praderío y huerta y ganados vacunos y cabríos que cuidan —y de ellos viven— los tres sobrinos de Losada.

Ramón Carnicer en su libro *Donde las hurdes se llaman Cabrera*⁷ nos da una colorista descripción de escenas que bien pudieran corresponder a la mansión de los Losada en Iruela y a la llegada del relojero londinense.

Se abre el portón de la casa entre la ya densa oscuridad. Se oye dentro el ladrido de un mastín leonés; y una mujer, vestida de negro que se adivina más joven de lo que representa su casi ancianidad,



con el *llumbreiro* en alto —rama de *brezos*— que después de quemado y seco en el monte se emplea aquí para alumbrar, ilumina lívidamente los rostros.

—Bienvenido el cuñado y la *compaña*.

Como el perro sigue ladrando:

—¡Chito, «condenau», cállate!

Abraza Losada, un poco conmovido, pero con gran cariño, a su cuñada y todos entran.

La puerta está a nivel de la calle, pero abajo hay un establo con entrada por la parte opuesta —del que llegan los mugidos del ganado— «pues la casa se alza en un declive» como casi todas las del pueblo dada la orografía del lugar. Están ya los viajeros en la amplia cocina que en la casa lo es todo «cocina, comedor, tertulia y casi dormitorios» pues al fondo, se ocultan, tras una especie de mampara, los *leitos*, o cajones de paja mullida con mantas para dormir los mozos. «El fondo del llar se apoya en la pared de la calle y a ambos lados hay dos escaños y de la *bergancia* —cadena del hogar— pende sobre la lumbre de leña el gran caldero lleno constantemente de caldo para todas las comidas.» «El llar no tiene campana ni chimenea, ni hay en todo el recinto otro respiradero que un ventanucho, ya que el humo ha de salir por las tejas como un elemento más de la calefacción.» En un ángulo con la boca junto al llar «se abomba el horno». «El piso es de madera»,



pero los sobrinos advierten a Losada que cuide de no meter un pie por las grandes rendijas y le dicen:

—Las rendijas son para que en invierno llegue el calor del ganado.

—¡Si lo sabré yo! —contesta añorante Losada.

Y rueda su vista por la estancia que tanto vivió de niño y, que ahora, al sentirla, en contraste con sus ricas comodidades y confort de Londres, le produce una agridulce emoción. ¡Qué vida tan dura y horrible la de aquí!, pero ¡qué nostalgia tan inefable le produce contemplar estos rincones de su niñez que en la lejanía había él siempre sublimado, engrandecido y que ahora le parecen más pequeños y llenos de sordidez! ¡Qué podría hacer él —Losada— por mitigar la pobre vida de estos paisanos suyos, que seguramente viven felices en su ambiente porque no han conocido otra cosa.

La casa de los Losada como casa hidalga, tiene habitaciones arriba que dan para la solana que vuela sobre el corredor. Son dormitorios que completan los *leitos* de la cocina; y que, con altas camas de hierro, mullidos colchones, mesillas y cómoda, completan la vivienda que se prolonga en los pajares, en el patio y en la *corte* o cuadras.

Suben los sobrinos de Losada su equipaje al a mejor de esas estancias y, enseguida, en otra de ellas, la visita al sobrino enfermo. Le ha visto varias ve-



ces el médico, pero la dolencia no cede y Losada contempla con honda preocupación, su modorra, su fiebre, su rostro congestionado.

Luego la cena en la cocina a la usanza de Cabrera, que tantas veces de niño degustó: el caldo —coCIMIENTO de verdura con castañas pilongas, carne y sustancia de cerdo— servido en *cuenco*, esos cuencos en los que en cualquier momento puede utilizar cualquiera de la familia, pues el pote está todo el día lleno de caldo en el llar. Pero hoy, además, en honor del tío, hay cordero asado al horno, el mejor lechal que en el rebaño había; y una gran tortilla y las *filluelas*...

—¿Y el postre?, ¿fruta de la huerta?

Sonríen los sobrinos de Losada:

—Aquí nadie aprecia los frutales y ni siquiera se podan. Es cosa para los chicos y para los pájaros.

—Claro, yo recuerdo comerla de chico del árbol y me sabía a gloria.

Tras un rato de charla corrida, contando Losada infinitas cosas de la vida de Londres, de su industria, de sus ingenios relojeros, para animar a sus sobrinos no sabe aún bien a qué, cae rendido en el lecho tras apagar el candil —pues las habitaciones de dormir con candil se alumbran y no con el llumbeiro—.



A la mañana siguiente Losada, acompañado de sus dos sobrinos hace un recorrido por el pueblo y visita la iglesia, donde le espera el cura.

Otra vez aquí los recuerdos de la infancia bajo la nave única del templo barroco y enseguida una decisión que comunica al párroco: regalará un altar para la iglesia y un reloj para la torre.

—Del reloj —indica al cura— nada me diga usted porque lo construiré en Londres y ello lleva tiempo, pero el retablo lo dejaré encargado en España: ¿a qué advocación le parece a usted que debemos adscribirlo?

El cura sin dudarlo:

—A la advocación del Santo Cristo. Hay a Él gran devoción en el pueblo y sólo disponemos de crucifijos pequeños.

—Cuenta usted con un Santo Cristo de gran tamaño, y un altar que lo cobije. Y ello enseguida, pues lo dejaré encargado antes de partir de España.

Y el cura, señalando la parte derecha del Altar Mayor, en el crucero de la nave:

—Lo colocaremos aquí, ¿le parece? Le dará en el rostro la luz alta de la vetana.

Le interroga Losada:

—¿Y de ropas litúrgicas cómo anda la Iglesia?

—Muy mal, señor.



—Pues tendrá usted nuevas casullas, albas, estolas, etc.

Y así fue como Losada antes de partir de España dejó encargado y al poco tiempo fue instalado en la iglesia de Iruela, el altar de «El Santo Cristo» (junto con distintas ropas litúrgicas), altar que hoy allí se venera. Es un Cristo muerto de gran tamaño, tiene la cabeza hundida en el pecho y su talla es muy bella. Se halla enmarcado en un alto altar que le sirve de dosel con traza muy decimonónica. Columnas corintias: altos frisos neoclásicos con atributos de la Pasión —tenazas, martillos y clavos— rodeando una cara tallada que no sabemos por qué, se nos parece un poco al rostro del propio Losada.

¿Quiénes fueron los artistas que construyeron esta interesante obra de arte? Lo ignoramos, sólo tenemos la referencia del libro de la Parroquia de Iruela⁸ que dice así: «Visita del 6 de julio de 1865. Obispo don Fernando Argüelles Miranda. Enterado S.E.I. de que el nuevo retablo y altar del Santo Cristo de dicha Iglesia, así como también algunas de sus ropas han sido costeadas a expensas del señor Losada, natural del referido pueblo de Iruela y actualmente vecindado en Londres; y reconociendo S.E. en este acto sus piadosos sentimientos, le da las debidas gracias por tan religiosa dádiva en obsequio ya para el mayor culto de nuestro Divino Redentor; y



en su virtud ordena al Párroco que es o fuese de la mencionada Iglesia que al fallecimiento del expresado señor Losada, se celebre en la misma por cuenta de los fondos del culto, un oficio con Misa solemne por su eterno descanso.»

¿Cuántos días estuvo Losada en Iruela? Lo ignoramos.

Sabemos que, no teniendo hijos, vino a su pueblo natal con el firme propósito de llevar consigo a Londres, para que fuera su sucesor en los negocios, a un sobrino suyo, su predilecto que es el que se halla enfermo. Que tuvo aquí la infinita tristeza de ver morir a su sobrino y que, en largas veladas familiares, allá en la cocina de la casa hidalga de Iruela, hubo de convencer a sus otros sobrinos, José y Miguel Rodríguez del Riego y a la madre de éstos, de que le acompañaran a Londres para trabajar en su relojería, adiestrarse en el ramo y ser sus sucesores⁹.

Parten de Iruela a caballo en sus acémilas y cargados de equipaje camino de Astorga, Losada y sus sobrinos José y Miguel. Les despide la madre de éstos, pues ya no volverá a ver a ninguno. En Astorga les da la despedida también, don Matías Rodríguez, el amigo astorgano de Losada, y es éste quien advierte en el relojero «las graves molestias» que el viaje le ha producido, por lo que «a pesar de sus deseos, no lo volverá a repetir», pero sí cumplirá los



compromisos de gratitud que con su pueblo ha adquirido: de momento, el encargo del retablo del Santo Cristo y las ropas litúrgicas para la Iglesia, y ya, de regreso a Londres, el reloj para la torre del pueblo.

Y junto a todo ello, reemprende el regreso a Londres con la firme decisión de construir y regalar a España el gran reloj que desde la Puerta del Sol de Madrid, dé la hora para todos los españoles.

¹ Juan de Dios de la Rada y Delgado, *Viaje de SS.MM. y AA. por Castilla, León, Asturias y Galicia*, publicado a expensas de S.M. la Reina, Madrid, 1860, págs. 813 y sigs.

² José Antonio Carro Celada, *La Prensa Leonesa, Breviarios de la calle del Pez*, León, 1984, págs. 67 y sigs.

Luis Alonso Luengo, *Los Maragatos, su origen, su estirpe, sus modos*, 3.^a Edición, León, 1985, págs. 55 y sigs. Esteban Carro Celada, *El Maragato Cordero, figura desconocida de liberal decimonónico. Historia y Vida*, Abril, 1969, págs. 53 y sigs.

³ Barón Charles Davillier y Gustavo Dore, *Viaje por España*, Edición Madrid, 1949, págs. 831 y sigs.

⁴ Santiago Amaral, pseudónimo de Otero Pedrayo, *Estampas Ochocentistas de Astorga*, Revista *Misión*, Orense, 1937 y Edición CIT de Astorga, 1988.



⁵ Dice don Matías Rodríguez en su citada *Historia de Astorga*, págs. 687 y sigs., que Losada no sólo quiso visitar, sino proteger, a su pueblo de Iruela, y cuenta los aconteceres del viaje a su rincón.

⁶ José Aragón Escacena, *Entre Brumas*, Novela. Costumbres de la provincia de León. Cabrera. Astorga, 1921, págs. 19 y sigs. Situamos la descripción del paisaje y el pueblo de Iruela en su auténtica realidad, recreada al hilo de la descripción del libro aludido, y del acontecer de Losada en aquel momento.

⁷ Los rincones y casas de Iruela están tomados de la realidad, así como las costumbres del pueblo, coincidentes con las descripciones del libro que se cita y de los sucedidos posibles a Losada en aquel momento y lugar.

⁸ Libro parroquial de Iruela 1854-1902, pág. 29. Visita episcopal de 6 de julio de 1865.

⁹ Luis Montañés Fontela, *Relojeros Españoles*, Madrid, 1968, pág. 139 donde se testimonian los datos que nos sirven de referencia.



Capítulo XIV

*Regreso de Losada a Londres.—Inaguración del nuevo reloj de Losada de la Puerta del Sol, en 1866, de diciembre de 1866, santo de la Reina.—Vicisitudes municipales en orden al reloj.—El reloj de Losada «Patrón de la Hora Española».—Desde 1916, la muchedumbre va a tomar, al compás de sus doce campanadas del fin de cada año las uvas de la suerte.—Anecdótico y popularidad de este reloj.—
Textos literarios acerca de él.*

Al regresar Losada a Londres, una etapa de intenso trabajo esperaba en su relojería. Era, de un lado, el retraso por su viaje de muchas de las actividades del negocio que, aunque en manos de un regente y empleado fieles, no se habían desarrollado con la misma eficacia que en sus manos (dado como era propenso Losada, a llevar muy personalmente todo, hasta las más nimias cosas). De otro lado, los



encargos que de España traía y, sobre todo, aquél su empeño máximo de abordar la anhelada construcción de aquel reloj de la Puerta del Sol que había de dar la hora exacta de todos los españoles. Además tenía que preparar meticulosamente la presencia de sus relojes en la Segunda Exposición de Industrias del «Cristal Palace» que había de celebrarse en Londres en 1862 y a la que estaba invitado. Uníase a ello, su deseo de poner al tanto de todas las actividades relojerías a sus sobrinos José y Miguel que, venidos ya de España, tenía que someterles a un fuerte aprendizaje, a una formación y adaptación que había de ser larga y trabajosa para quienes en su día, pensaba —al no tener él hijos—, le sustituyeran en el negocio. ¿Sería fácil para ambos mozos saltar de las rurales, simples y pobres actividades de Iruela a los altos y complicados menesteres de la relojería de Londres montada a escala internacional? La cosa se presentaba difícil, pero había de acometerla si se quería dar continuidad al imperio relojero por Losada trabajosamente levantado.

De todas las tareas a emprender, la primordial había de ser —por cuestión de honor— la construcción del Reloj de la Puerta del Sol, prometido obsequio suyo a todos los españoles.

Sobre este punto, Luis Montañés Fontela¹ hablando de la popularidad que en España se ha dado



al llamado Reloj de Gobernación dice, que «fue donativo de Losada a la Villa y Corte de Madrid, aunque no es obra suya, pues la firma que consta grabada en la esfera es la de “Stainbak Founders 1865”». Nosotros opinamos sin embargo que el reloj debió ser construido por Losada, no sólo porque su ilusión era construirle por él mismo para España en ese deseo de “bienandanza al amigo” —en este caso su Patria— del que nos habla Zorrilla, como sentimiento ferviente que Losada ponía al construir cada reloj que había de regalar, sino porque, a esa inscripción de las esferas puede oponerse la de su campana que tiene grabado el nombre de José Rodríguez Losada y la dedicatoria de éste a la Villa y Corte de Madrid en 1865. ¿No pudieron muy bien ser las esferas encargo de Losada a otro constructor relojero? Pensamos que aunque las fechas de ambas inscripciones coinciden, 1865, parece que el reloj tuvo en su origen una sola esfera y más tarde se le adicionaron las demás que hoy ostenta.

Lo que queda claro es que desde 1860 en que Losada regresa a Londres con el propósito de donar el reloj a España, la construcción de éste se prolonga más de cuatro años (1866).

En la reforma de la Puerta del Sol, a que hemos aludido, se mantuvo, y se ordenó dentro de ella, el llamado Edificio de la Gobernación que data de 1786



y en la torreta que en él se alza, como también hemos reseñado, existieron con anterioridad sucesivamente dos relojes, el segundo de los cuales, dado su mal funcionamiento, al que también nos hemos referido, se procedió a desmontarlo en octubre de 1866 para sustituirlo por «el regalado al Estado Español por el *fabricante* en Londres, señor Losada»². Obsérvese que aquí se habla de *fabricante*, no sólo de donante al aludir a Losada.

El 6 de noviembre de 1866, queda instalado en la torre de Gobernación el nuevo reloj coincidiendo con el santo de la Reina³. «Lo más llamativo de este reloj de Losada —se dice en una revista reseñándolo—⁴ es la maquinaria de la bola que da la hora de las 12.» ¿La han visto caer todos los que pasaron delante de ella? Y se añade: «Su mecanismo es independiente del reloj; hay un resorte que diariamente tiene que mover un empleado para que todos los días y las noches, a las 12 caiga la bola.»

¿Hubo alguna solemnidad que celebrara la inauguración del nuevo reloj, dado que ella se hizo coincidir nada menos que con el santo de la Reina? Lo ignoramos.

Sólo sabemos que, a menos de los tres años de su instalación, el Ministerio de don Práxedes Mateo Sagasta, comunicaba al Ayuntamiento⁵ «el estado lamentable de abandono en que se halla el mag-



nífico reloj regalo de Losada al público de Madrid, así como su torre y sistema de iluminación, cuyos reverberos que naturalmente debieron ser reflectores, lo son absorbentes».

El Ayuntamiento acordó «que, siendo reloj propio del Municipio», procedía, por éste, su reparación encargando de ella al relojero don Ishac Villanueva y al Arquitecto don Joaquín M.^a Vega. Y éste, en orden a la situación del reloj, informa que, «las esferas están rotas y que el método de iluminación es defectuoso, siendo el que se propone el nuevamente establecido en los relojes de París por medio de un reflector y contra reflector y una sola luz formando ramillete». Así mismo proponía «unos rodajes auxiliares para evitar la trepidación que se produce al dar cuerda y es causa de irregularidades en la marcha».

La popularidad que adquirió el reloj de Losada y esa su defectuosa marcha en sus principios dio lugar a un epigrama que corrió de boca y que dice así:

«Este reló tan fatal
que hay en la Puerta del Sol
—dijo un turco a un español—
¿porqué anda siempre tan mal?
El turco con desparpajo
contestó cual perro viejo:



este reló es el espejo del Gobierno que hay debajo.»

Todavía años después (1879) se pone en duda si el reloj pertenece o no al Municipio. En comunicación al mismo, el entonces Ministro don Francisco Silvela dice: «Consta a V.E. que el reloj colocado en lo alto del edificio de este Ministerio, pertenece a la Villa de Madrid como regalo hecho por el célebre relojero Losada, el cual marcó *expresamente* que debiera ser colocado en la Puerta del Sol.» No obstante Montero Ríos, Concejal a la sazón del Municipio, votó en contra de la aceptación dados los gastos de mantenimiento que ello pudiera ocasionar y de la posibilidad de que un día «pudieran al Municipio exigirse alquileres por el local que ocupa el reloj». El Municipio entonces se pronunció por ser el reloj de su propiedad, pues —en palabras del Alcalde— «fue donado por su *autor* al pueblo de Madrid».

Así resulta en efecto, y si este acuerdo reconoce ser Losada el *autor* —además del donante del reloj— cosa que corrobora nuestra tesis de su autoría, así notoriamente reconocida, pone de manifiesto —corroborando el escrito de Sagasta— que el reloj fue construido y donado bajo la idea emocionada de su autor, de que diera, desde el centro de la Villa y Cor-



te, la hora para todos los españoles y su deseo implícito de felicidad para la Patria.

Aún antes del final del siglo XIX nuevas reparaciones se hicieron en el reloj. El entonces relojero Mariano de Lucas y Sedeño, entre otros trabajos de relojería hechos para el Municipio, realiza la «renovación» de las esferas del Reloj de la Puerta del Sol (27 de abril de 1870).

«Patrón oficial de la hora española» se ha conservado como tal hasta nuestros días, el Reloj de la Puerta del Sol y se impuso como protagonista de las horas de España⁶. «¡Cuánto se habrá escrito —dice Luis Montañés— sobre el Reloj de la Puerta del Sol!»⁷. Pensemos que ello ha plasmado en aquel dicho popular que se ha hecho famoso: «Eres más mirado que el Reloj de la Puerta del Sol.»

La estampa más entrañable para todos los españoles sobre la Puerta del Sol, es la del último minuto del año viejo de todos los finales de año, dando las 12 campanadas éste insustituible Reloj de la Puerta del Sol. Desde 1916⁸ «era costumbre madrileña acudir en tumulto a la Puerta del Sol llenándola bulliciosa muchedumbre para escuchar las 12 campanadas y comer, campanada a campanada, las 12 uvas de la suerte».

—Una, dos, tres...

—No empujes que me atraganto...



El griterío, el murmullo hacían —y hacen— del ámbito, inmensa caracola resonante por todo Madrid; y un súbito silencio, al caer la bola era —y es— como el minuto de alumbramiento de una nueva vida del año que empieza.

Un año, la noche final de 1920 se nos ha escrito en la revista *Precisión*⁹ «había tanto barullo en la Plaza que no se recibió el sonido de las campanadas. La gente creyó que el Ministro, que era el señor la Cierva, las había suprimido y se armó un gran lío. Hasta los periódicos salieron indignados al día siguiente por la supuesta determinación del señor la Cierva.» Y se agrega: «En aquel lugar está extendida esta forma de las Nocheviejas madrileñas cuando se vuelca en la Plaza más gente de la que cabe; costumbre reciente (relativamente decimos nosotros) porque procede de la introducción en España del hábito de tomar las 12 uvas al compás de las campanadas.»

Se cuenta también que Alfonso XIII en la noche de 31 de diciembre de 1930, en plena ola de muchedumbres que ya atisbaban la proclamación de la República, se presentó de incógnito —bajo el sombrero, subido al cuello del gabán— por vez primera y única, en la Puerta del Sol, como un español más mezclado con la muchedumbre, a esperar las 12 campanadas en el Reloj de la Puerta del Sol y tomar las



uvas volviendo a Palacio un poco reconfortado por su baño en la algarabía popular.

Si Losada soñó que el reloj de Gobernación pudiera dar la hora a todos los españoles y si antes de la aparición de la Radio y la Televisión, esta hora era la que marcaba en realidad la pauta a Madrid y a las demás Españas en una lejanía estresoñada, con estos nuevos inventos de comunicación por las ondas, han llegado sus campanas —cumpliéndose así el augurio y el deseo de Losada— de una manera, digamos real, hasta los rincones últimos de nuestra España por lo menos con la hora final de cada año tomando, a su compás, millares de espectadores de toda España las uvas de la suerte, asociándose a los que llenan la Puerta del Sol en aquel afán de «dicha» para la Patria como Losada lo soñó.

Nada hay que iguale en popularidad española —popularidad vivida a su compás— a este reloj que Losada regaló. Ello tiene no sólo eco en los «dichos populares» como hemos anotado, sino en una amplia literatura escrita en su ola y exaltación. Seleccionemos a este tenor, dos testimonios: el de Emilio Carrere, noctámbulo bohemio de un Madrid, donde la nostalgia se hace realidad; y el de Ramón Gómez de la Serna, el genial Ramón, que ponía siempre la flecha en la diana con el arco de sus metáforas.



Dice Emilio Carrere ¹⁰: «El vetusto reloj de la Puerta del Sol está de cumpleaños. Desde hace noventa años, atisba desde su torrecilla todo cuanto acaece en la plaza cogollo de Madrid, de la que dice una leyenda que tuvo una sirena que atraía a todos los poetas, a todos los soñadors y a todos los ambiciosos. Este reloj, que con sus ojos luminosos en la noche ha estado mirando todas las anécdotas de la vida nacional, debe ser considerado como el mirón decano de esta villa de los mirones, que son los madrileños que se pasan la vida mirando a las mujeres, mirando los escaparates, a los obreros que trabajan en las zanjas, los anuncios luminosos, al señor que se cae y a la mosca que vuela... ¡Y cuánto no habrá visto este ilustre mirón en tantos lustros! Si supiéramos entender su idioma —que es la voz de su campana—, podríamos conocer muchos episodios que don Benito no tuvo tiempo de escribir. Todo cuanto ha sido, ha pasado por la Puerta del Sol, y este reloj lo ha visto.

«Cuando la ciudad duerme, entabla diálogos misteriosos de torre a torre con el reloj de Palacio, con el de la Panadería, con la voz de las campanas religiosas, que, cuando el silencio es más profundo, gustan de clamorear lo que entre ellos se llama hablar de filosofía, porque la voz de relojes siempre suena a eternidad.



Cuenta ya noventa años —casi un siglo—, que es una respetable ancianidad para un mecanismo que no se ha parado nunca. Y cuando su campana no está lejos de enmudecer, bien merece que echemos en su elogio las campanas a vuelo.»

Ramón Gómez de la Serna en su *Elucidario de Madrid*¹¹ nos cuenta: «Mi orgullo ante los turistas es el presentarles este fenómeno desconocido en el mundo, de la Puerta del Sol, esta serenata formal, esta sesión de un Parlamento callejero que no columbrarán por más viajes que hagan.

Difícil me es mantenerlos en pie hasta tan tarde; pero procuro entretenerles con mi conversación, darles el *pase del reloj* cuando veo que van a hacer el gesto de irlo a sacar y cotejarlo con el de la Puerta del Sol, y evocar lo más pintoresco de su patria. Cuanto más tarde se va haciendo; hasta que ya hacia las tres y media les hago desembocar en el coso alegre, y señalándoles el reloj, les doy el susto de la hora, para después compensarles con la indicación de los hombres sin miedo y sin prisa que deambulan o que están quietos en las aceras, satisfechos de haber perdido el último tranvía porque aún les queda media docena de cigarrillos de bolsillo.»

Y luego las Greguerías ramonianas en torno al reloj de Losada:



«Al reloj de la Puerta del Sol no le sale en la alta noche tono de luna sino de sol, y hasta tiene manchas como él.»

«Una pedrada en la Puerta del Sol, mueve ondas concéntricas en toda la laguna de España.»

«Roban relojes constantemente en la Puerta del Sol y al ser robado me parece que oigo a un humorista: —Lo que siento únicamente es que lo acababa de poner en hora por el reloj de Gobernación.»

«Ese gran queso de bola del juguete nacional, es el reloj de Gobernación a veces se mete entero en la boca de los que esperan que den las 12 para ver caer la bola... ¡Aaaah...! ¹².

Para darnos cuenta del amor que este reloj de Losada en España promueve, acudamos a una entrevista publicada en la revista *Diez Minutos* de 31 de diciembre de 1985 con el relojero Fandiño, encargado del cuidado y conservación del reloj ¹³. En ella, entre otras cosas, dice Fandiño todo esto: «El reloj pertenece al pueblo de Madrid y ya es tradicional que las 12 campanadas se den desde aquí, no hacerlo sería cambiar la tradición.» Y agrega el periodista: «Fandiño es un “enamorado” del reloj; más que cuidarle le mimas. Tres veces a la semana, a las ocho y media en punto de la mañana, acude a las dependencias de la Dirección General de la Policía a darle cuerda, a engrasarle o simplemente a ver cómo



todo funciona a la perfección.» Se pregunta a Fandiño: «¿Necesita cuidados especiales?: —Es perfecto. Un reloj estupendo, único en el mundo. Hay que conservarlo, mantenerlo, limpiarlo, cambiar el aceite en invierno y en verano, pero es muy agradecido. Apenas si tiene variación, es una maquinaria perfecta.» Y sigue preguntando el reportero: «Por ser una maquinaria única si se estropea alguna pieza ¿cómo las recambia?» «Es muy fácil, las hago a mano. Este reloj merece todos los desvelos, porque es la hora de España. El día 31 vengo para prepararlo todo, bajar la bola y luego, a mano, la subo para que el público se prepare para las campanadas. Da los cuartos, y por fin, a las doce en punto se despidе al año.»

¹ Luis Montañés Fontela, *Museo Español de Antigüedades*, Madrid, 1964, págs. 150 y 151.

² Eloy Benito Ruano, *Dos Estudios sobre Relojería Matritense*, Ediciones Albatros, Madrid-Valencia, 1980, pág. 55.

³ Mercedes Agulló, *Madrid en sus Diarios*, Tomo III, 1860-1875, Madrid, 1969, pág. 38.

⁴ Revista *Precisión*, Madrid, enero, febrero y marzo, 1951.

⁵ Eloy Benito Ruano, *Dos estudios sobre relojería Matritense*, citado págs. 56 y sigs. De este trabajo del exigente investigador que es Benito Ruano, tomamos los datos de las inciden-



cias sobre el reloj de la Puerta del Sol desde su instalación y que el autor toma a su vez del «Archivo General de la Villa», sec. 2.^a, Legajo 384, n.º 46, folio 24 y correlativos.

⁶ Eloy Benito Ruano, trabajo citado, pág. 54.

⁷ Luis Montañés, *Museo Español de Antigüedades*, pág. 151. Este estudio, como otros tantos citados del ilustre historiador de nuestra relojería que es Luis Montañés, exalta y co-teja con rigor investigativo y emoción española y madrileña, el vivir de nuestro gran reloj.

⁸ José del Corral y José M.^a Sanz *Madrid es así*, Instituto de Estudios Madrileños, 1953, pág. 184.

⁹ Revista *Precisión* «Información sobre Relojería de Alta Calidad», enero-febrero-marzo, 1951, pág. 11.

¹⁰ Emilio Carrere, *Madrid en los versos y en la prosa de Emilio Carrere*, Imprenta Municipal de Madrid, 1948, págs. 121 y 122.

¹¹ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, Gráficas Municipales, 1957, págs. 87 y sigs.

¹² Id., págs. 89 y 91.

¹³ *Nova. El Relojero Fandiño, encargado del cuidado y conservación del Reloj de la Puerta del Sol*. Revista «Diez Minutos», 31 de diciembre de 1985, págs. 104 y 105.



Capítulo XV

Otros relojes de Losada.—Relojes de torre, de mesa y salón.—Relojes de bolsillo.—El regalado a Méndez Núñez por la Marina Española.—Losada mantiene el auge de la Relojería Inglesa.—La exposición de «Cristal Palace» de Londres en 1862.—Enfermedad y muerte de Losada.—Bajo su almohada aparece un ejemplar de Una repetición de Losada.—Funeral en la Iglesia de Iruela.

Junto al reloj de Gobernación —el más famoso y popular de los relojes de torre de Losada— hemos de citar el también reloj de torre del Ministerio de Fomento de Madrid. Estaba a la sazón este Ministerio en el lugar que hoy ocupa el Teatro Calderón (calle de Atocha), y cuando aquel edificio fue demolido en los días del modernismo, se trasladó el reloj a la Iglesia de Santa Cruz en la misma calle de Atocha. Allí en su torre estuvo funcionando muchos



años. Pasada nuestra Guerra Civil, al hallarse averiado, quizá como consecuencia de bombardeos bélicos, fue desmontado y encajonado y allí, en esa situación se encuentra. Según el Centro Ambrosio de Morales, data este reloj de 1857¹.

Obras con la firma y etiqueta de Losada son, el reloj de la Catedral de Málaga, donado por don Juan Larios en 1868; el de la Farola de Jerez, muy anterior (1856) idéntico al que existía en Londres en el Puente Charing Cross y del que en su lugar nos hemos ocupado, con todas las incidencias a la que su instalación dio lugar; y en fin, el reloj de la Catedral de Caracas².

Fueron muchos los relojes de salón, mesa y bolsillo que Losada remitió a España. Entre los primeros, el más interesante fue aquel que Losada envió como obsequio a la Marina, que dio lugar a la carta que en su lugar reproducimos de Losada al General Armero y cuyo reloj, en informe del Director del Observatorio al recibirlo se describe así: «El cronómetro, señalado con el núm. 2.137, es de dimensiones no comunes, señala los segundos enteros, tiene cuerda para ocho días y está montado en suspensión Cardan sobre dos columnas o pilares de metal, cuyas bases descansan en una gran plataforma de caoba charolada de negro. Un tercer pilar que descansa sobre la misma plataforma lleva el pasador que sirve



para sujetar el cronómetro cuando haya que trasladarlo de un lugar a otro. La superficie cilíndrica del mortero está calada y cubierta con cristal, de modo que se puede examinar perfectamente toda la máquina y ver funcionar sus partes con comodidad, y el todo está cubierto con una gran campana de cristal que descansa sobre la mencionada plataforma. La máquina es de una delicadez de trabajo admirable»³. Entre los de mesa, citemos el «cabecera» existente con firma de Losada en el Museo de Valencia de don Juan de Madrid.

Son numerosísimos los relojes de bolsillo de Losada que se conservan en España y fuera de ella. El más famoso de todos —y que hizo época— es el reloj que los «Cuerpos de la Armada» ofrecieron a don Carlos Méndez Núñez en 1866 y que se conserva en el Museo Naval de Madrid. Dice de él Fernández Duro⁴: «Cuando los Cuerpos de la Armada acordaron ofrecer al jefe de escuadra don Casto Méndez Núñez un testimonio del alto aprecio y entusiasmo con que habían visto el comportamiento de los que dotaban la escuadra del Pacífico, dirigidos por tan digno general, y se decidió que la cantidad recaudada por suscripción se invirtiera en tres objetos, cuya construcción había de encomendarse a artistas españoles, a saber un sable de honor, un cronómetro de bolsillo y un quintante de reflexión con



pie y horizonte artificial. La comisión encargada de llevar a cabo el pensamiento encargó el cronómetro a Losada, que, en esta ocasión, como en todas, dio nuevas pruebas de patriotismo, ofreciéndose no sólo a presentar el instrumento en las condiciones de perfección que se deseaban, sino también a contribuir al costo de su importe, ofrecimiento este último que se le apreció en todo su valor, pero que no pudo aceptarse por ser exclusivo el obsequio de las corporaciones de la Armada.

El dicho instrumento es un reloj de oro de primera calidad, saboneta, de escape *douplex*, sin llave volante de compensación, tornillos de oro, montado en 28 centros, paleta y rodete, caja de piedra sanguínea y oro, esfera de plata ornamentada de oro fino, y otra de recambio de esmalte blanco, segundos independientes, etc... con la marca J.R. Losada, 105. Regent St. Londres, núm. 6.172. El monograma C.M.N. sobre la tapa superior en brillantes, y dos anclas cruzadas con corona real en brillantes y rubíes en la tapa inferior. En el fondo de la caja, con letra esmaltada, la inscripción siguiente: «Los Cuerpos de la Armada al Jefe de escuadra Méndez Núñez, en conmemoración del 2 de mayo de 1866.» El reloj es repetición de horas, cuartos y medios cuartos; la cadena leontina simbólica, formándola un lan-teón cuyos dos motones son de la misma piedra san-



guínea de la caja del reloj, con gazas de brillantes y rubíes, y el cabo de oro que por aquellos laboreas lleva en el chicote una boya que armoniza con los demás adornos. La llave figura ser una bocina de mando.

«Esta primorosa obra de Losada tuvo de costo 38.400 reales, y fue legada por el general Méndez Núñez al Museo Naval.»

Otros muy conocidos son el que el Congreso de los Diputados de España dedicó al Coronel de Artillería don Francisco de Alvar y Ward en la legislatura 1864-65: y el que el vecindario de Manila regaló al Teniente de Navío de la Armada Española, don Lázaro de Araquistain, en el que se grabó: «Como testimonio de admiración y gratitud por su heorismo en la salvación de los náufragos de la Fragata Europa, 26 y 30 de abril y 1 y 2 de mayo de 1860.»

Hemos de citar además —en testimonio de Luis Montañés—⁵ los siguientes relojes de Losada que él descubre siguiendo a Fernández Duro: la repetición n.º 5.059; el que tiene el n.º 2.137, posiblemente del año 1859; el n.º 452 (regulador de pie) de 1859; el n.º 4.307 de 1860; el n.º 4.969 de 1863; el n.º 5.248 de 1866 y el n.º 6172 de 1860.

Dice Montañés: «Su costumbre de remitir doble número de cronómetros de los pedidos; a las autoridades españolas, y permitir que se tuviesen en



observación durante un año, antes de compromiso de compra en firme, llegó a institucionalizarse, y permitió a la Marina llegar a cotas exquisitas de elección y de imparcialidad.» Y añade: «Losada llevó con todo rigor el registro y numeración de sus piezas. Pero —se lamenta— no sabemos si en algún lado estarán los archivos como los del relojero Breguet y otros», pero en todo caso cualquier investigación solvente deberá tener en cuenta esta circunstancia.

Por nuestra parte hemos de aludir a los tres relojes con marca Losada, que posee nuestro gran amigo el excelente coleccionista e insigne astorgano don Santiago Herrero Crespo, relojes cuya fotografía incluimos con expresión de nuestra gratitud. Son los únicos cronómetros que de Losada se conservan en su tierra natal, dado que el reloj de torre que envió a Astorga para la iglesia de Iruela, es fama que, por dificultades de transporte hasta aquel pueblo, permaneció en Astorga embalado, tal como se envió y allí estuvo durante muchos años, hasta que al morir Losada, se reclamó desde Londres por su sobrino y sucesor Miguel Rodríguez del Riego, al no haber cumplido la misión para la que fue creado y a su sobrino se le devolvió.

Losada en los últimos años de su vida en Londres construye relojes y más relojes.

¿Y aquel reloj que Losada, cuando estuvo en Iruela



prometió regalar para la torre del pueblo? Sólo por tradición oral astorgana —yo se lo oí contar muchas veces a su abuelo Luis— volvemos a tener noticias del caso. No hay documentación alguna que lo avale, pero se habló siempre en Astorga de que Losada construyó aquel prometido reloj; que fue enviado al Ayuntamiento de Astorga para que desde allí se revistiera a Iruela, que en el municipio estuvo en depósito años y años en espera que alguien lo transportara a Iruela —los caminos hasta allí seguían siendo de forzoso tránsito— y fue por encargo de Losada alguien lo montara en la torre del pueblo, y que muerto Losada y habiéndose el reloj en Astorga sin desembalar los sobrinos y herederos del relojero lo reclamaron al municipio astorgano y éste lo remitió a Londres no sabemos porque conducto ni de qué manera.

Gran ilusión la que él pone en estar presente, con todos sus artilugios de relojería, en la Exposición de «Industrias de Cristal Palace», celebrada en Londres en 1862. Era la primera exhibición relojera que en Inglaterra se celebraba y Losada, el único cronometrista a quien a ella se había invitado. Los demás expositores, eran de la industria del cristal; sólo él de la industria de los relojes. ¿No significaba esto tanto como reconocerle el más importante relojero del Reino? Tenía que esforzarse en presentar algo que



estuviera a la altura de lo que se le reconocía. Y lo presentó. Pues su colección de *repeticiones* de relojes «cabeceras», de péndulos, de cajas de música y demás invenciones novísimas en que era pródigo su taller, allí estuvieron expuestas para asombro de tantos lores y tantas ladies y gente de toda condición que por allí desfiló.

Era el momento —como se ha dicho— en que la relojería inglesa declinaba por el empuje de la relojería suiza, y en que ese empuje estaba siendo detenido por las sorprendentes creaciones de Losada que así —también según se ha dicho—⁶ fue el último gran relojero de Inglaterra, por eso la importancia de esta exposición para él de relojería y la expectación con que fue recibido lo que él presentó.

Losada pone todo su empeño en que sus sobrinos se formen en su escuela y continúen su labor. Parece que pronto se adiestran en la industria y que él se halla satisfecho de la formación que éstos adquirieron.

¿Y su esposa? Nada sabemos de ella. Debió tratarse de un ser oscuro, discreto, que dejó «hacer» a su esposo en todo momento; Losada no sólo se mostró digno de la confianza que en él depositó, sino superador, en el negocio de la cronometría que ella puso en sus manos, de todas las cotas imaginables.

Al comenzar el año 1870 Losada que cuenta ya



73 años, se siente enfermo. ¿Es larga la enfermedad? Parece que no, pues su fallecimiento se produce el 6 de marzo del mismo año de 1870.

Y con el fallecimiento, una nota emotiva reveladora de muchas cosas: bajo la almohada del lecho de Losada, aparece un ejemplar muy manoseado del poema de Zorrilla *Una repetición de Losada*. Allí habían dormido con José Rodríguez Losada los versos de su amigo, José Zorrilla y Moral desde 1859 en que el libro por Zorrilla se le envió hasta este día 6 de marzo de 1870. ¿No es ello emocionante? Para Zorrilla, Losada —ya lo hemos visto— era su mejor amigo «de toda la vida». Para Losada —ahora lo vemos— era Zorrilla su amigo del alma hasta más allá de la muerte.

¿Y algo más? Pues sí: eso que nos ha contado recientemente José M.^a Muñiz Sánchez en un artículo en el *Diario de León* y que dice así: «Siempre se preció Losada de tener como libro de *cabecera* el titulado *Arte de Reloxes de Ruedas, para torre, sala y faltriquera*, del franciscano Fray Manuel del Río, publicado en Santiago de Compostela en 1759 en dos volúmenes con trece láminas»⁷.

¿Libro o cabecera?, de ser así, su devoción por ambos libros —el de Zorrilla y el de Fray Manuel del Río— sería eco de una devoción hacia dos valores fundamentales de su vida: la amistad y el arte de la relojería.



¿Al morir Losada había fallecido ya con anterioridad su esposa? Pensamos que sí, pues aparecen como herederos únicos sus dos sobrinos José y Miguel Rodríguez del Riego. La prensa toda, se hace eco de la muerte del relojero con largas notas de dolor. Sabemos que España destaca la publicada por la *Ilustración Hispanoamericana*.

¿Qué pasará —se preguntan los ingleses— con la relojería británica tras la muerte de Losada, que era el valladar que, deteniendo el gran avance de la relojería suiza, mantenía en vilo el prestigio de la cronometría inglesa? ¿Serán capaces sus dos sobrinos de mantener el airón que su tío Losada, el único en el arte de la cronometría?

Pronto habríamos de saberlo. La relojería suiza tras la muerte de Losada, rápidamente se impuso en el mercado mundial.

Pronto, también, entre los sobrinos de José Rodríguez Losada, surgen las desavenencias. Se separan. Sigue uno de ellos —José— con la casa matriz de la calle del Regente, 105, mientras el otro —Miguel— abre su negocio relojero en la propia calle del Regente, ignoramos en qué número de ella.

El eco de la muerte de Losada ha llegado a Astorga y a Iruela.

En la Iglesia de este pueblo, como en su día orde-



nara el Obispo de Astorga Argüelles Miranda, en aquella nota de su visita pastoral a que hemos aludido, se celebró un funeral por su eterno descanso con la presencia del pueblo entero, utilizando en la ceremonia los ornamentos sagrados y ropas litúrgicas que el propio Losada había regalado, junto con el altar del Santo Cristo⁸.

Y pasados casi 100 años, la ciudad de León, capital de su provincia nativa, dedica un recuerdo mínimo para Losada: el nombre de un calle con este título: «Calle del Relojero Losada.»

Esta es la única evocación española de quién creó nada menos que la medida del tiempo para todas las gentes de España.

¹ Luis Montañés, *Galería de Relojeros Españoles*, Revista «Iberjoya», n.º 7, octubre 1982, pág. 69.

² Id.

³ Id., pág. 66.

⁴ Id., págs. 67 y 68.

⁵ Id., págs. 69 y 70.



⁶ Id., pág. 70. De entre los trabajos que vamos citando, del gran investigador de la relojería que es Luis Montañés —todos interesantísimos— nos resulta altamente sugestivo y testimonial, por la cantidad de datos que aporta sobre relojes construidos por Losada y el resumen que verifica de su vida y de su obra y sus directrices relojeras, este publicado en el n.º 7, octubre 1982, de la revista *Iberjoya* que constituye una auténtica biografía comprimida de José Rodríguez Losada en orden a sus creaciones de relojería.

⁷ *El relojero Losada*, José M.^a Muñoz Sánchez. *El Diario de León*, 12 de marzo de 1989, pág. 10.

⁸ *Libro de Fábrica*, de la Parroquia de Iruela, cuentas del año 1878, folio 49 vuelto, en donde aparece la siguiente nota: «De una Misa con asistencia por el descanso eterno de José Losada, natural de este pueblo y difunto en Londres según lo dispuesto en la última santa visita.»



FOTOGRAFÍAS Y GRABADOS







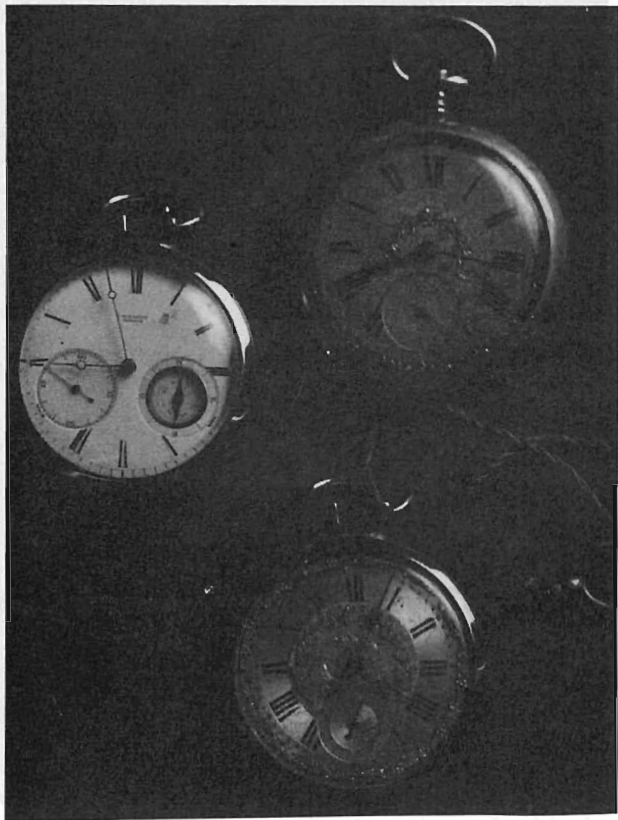
IRUELA: LO QUE QUEDA DE LA CASA EN QUE NACIO LOSADA.

IRUELA: LO QUE QUEDA DE LA CASA EN QUE NACIO LOSADA.



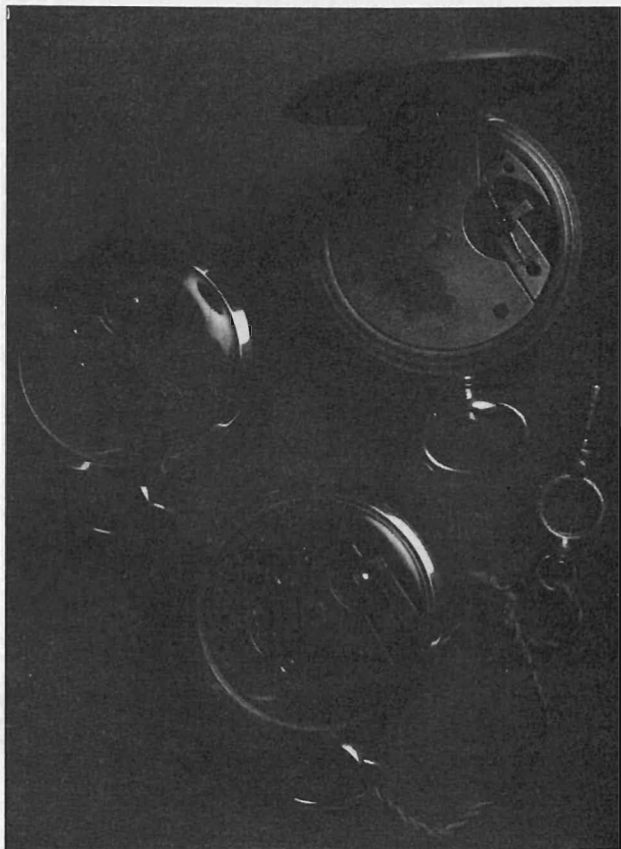
Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



RELOJES «LOSADA» PROPIEDAD DE D. SANTIAGO HERRERO,
DE ASTORGA (LEON).





REVERSO DE LOS MISMOS RELOJES.

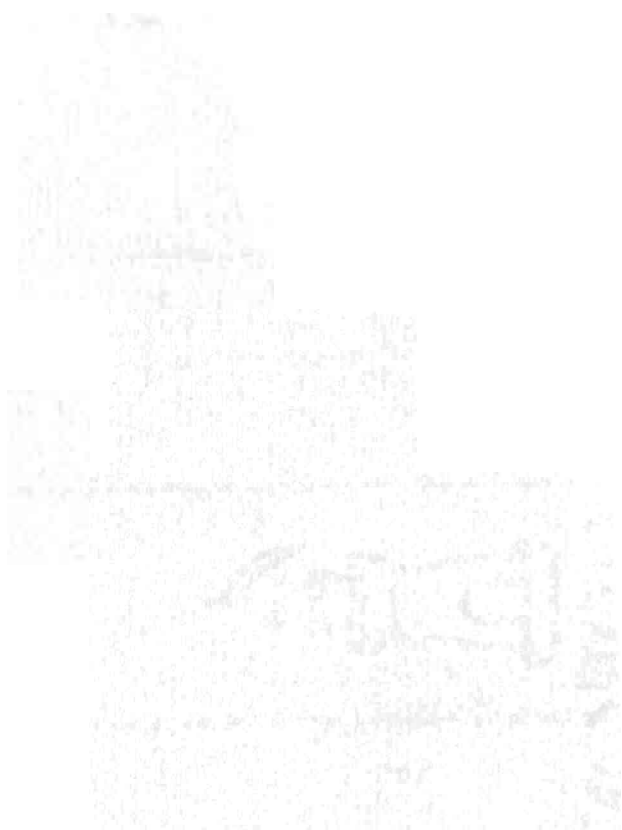




CARICATURA DE ZORRILLA.







ESTE LIBRO
SE ACABO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES
ARTES GRAFICAS COFAS
EL DIA 9 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO 1990, FESTIVIDAD
DE N.^a SRA. LA ALMUDENA







Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

